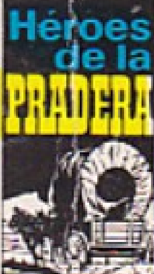
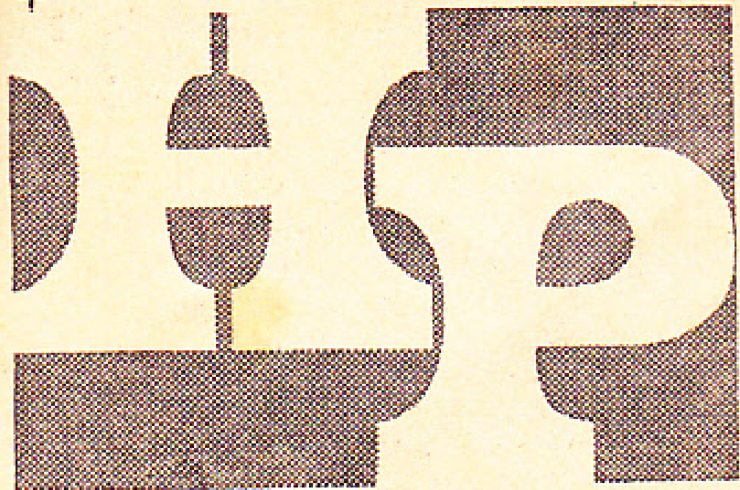


Keith Luger

UNA PELIRROJA Y CIEN MIL DOLARES





Héroes de la PRADERA

Keith Luger

UNA PELIRROJA Y CIEN MIL DOLARES

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 308 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.283 — La historia de Bill *el Melenas*.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.319 — Noches de amor y crimen.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

967 — El Oeste en llamas.

En Colección SALVAJE TEXAS:

729 — La venganza.

En Colección KANSAS:

667 — Mala hierba nunca muere.

En Colección BRAVO OESTE:

581 — Tres hombres van a morir.

En Colección PUNTO ROJO:

706 — Mañana se acaba el mundo.

En Colección CALIFORNIA:

752 —La historia de Buby *el Llorón*.

En Colección ASES DEL OESTE:

862 — Cena con un pistolero.

En Colección COLORADO:

610—¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

306 — El mejor gatillo de Arizona.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

82 — La chica del rifle de oro.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

5 — Asesino Murray.

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 35.416 - 1975
Impreso en España - Printed in Spain
2.ª edición: noviembre, 1975

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1975

CAPITULO PRIMERO

—Este barrio es peligroso —dijo Monique Darcel, la institutriz de Elizabeth Garrett, hija del senador Frank Garrett.

—No seas tonta, Monique. Resulta excitante. Y no nos va a pasar nada.

—No me gusta cierta clase de gente, Liz.

—Soy una mujer, pero sabré defenderme si alguien nos ataca.

—Sólo tienes diecisiete años.

—¿Y cuántos tienes tú, Monique?

—Veintitrés.

—Es la primera vez que te lo pregunto, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno, pues con veintitrés años eres toda una mujer respetable —rió Elizabeth.

—No existen mujeres respetables para cierta clase de hombres. Y estas calles de Nueva Orleáns no me inspiran ninguna confianza. Además, se está haciendo de noche.

—No anochecerá hasta dentro de una hora.

—Pues cada vez veo menos, aunque quizá sea debido a estas calles tan estrechas.

Las dos mujeres eran muy bellas y atractivas. El senador había contratado a Monique en París la primavera pasada. Ahora era otoño.

—Elizabeth, volvamos al hotel.

—Ni hablar.

—El barco sale dentro de tres horas.

—En tres horas podemos hacer muchas cosas.

—No quiero parecer pesada, Elizabeth, pero cuando tu padre advierta nuestra ausencia, se preguntará qué nos ha pasado.

—No sufras por eso. Papá no se preocupa poco ni mucho por mí. Recuerda que tenía una reunión política antes de zarpar. Iba a hablar a los chicos de la prensa de sus planes para cuando regrese a Washington. Puedes estar segura de que no le pasará siquiera por la

mente que tiene una hija.

—Eres injusta con tu padre. El te quiere mucho.

—Oh, sí, claro. Me quiere muchísimo. Pero ¿cuánto tiempo está conmigo?

—Tiene muchos deberes que cumplir, pero estoy segura de que aprovecha todo el tiempo que puede para estar a tu lado.

—Monique, no me hagas reír.

—No lo digo para que te rías.

—Anda, entremos ahí, Monique.

La casa que estaba señalando Elizabeth era un local de esparcimiento que tenía un nombre muy curioso: El Camaleón Dorado.

—Oh, qué horrible nombre —dijo Monique.

—Para mí resulta interesantísimo.

—¿Qué clase de clientes puede haber en este local? De lo peor, seguro.

—Excitantes.

Elizabeth era grácil, de cabello rubio, rostro muy bello.

Monique Darcel era pelirroja, de nariz respingona, pómulos altos, lo cual hacía que, al sonreír, se le formasen hoyuelos en la mejilla. Resultaba seductora de pies a cabeza, porque entre la cabeza y los pies poseía muchos encantos, el busto desarrollado, la cintura estrecha, anchas caderas.

Elizabeth, viendo que su institutriz vacilaba, la tomó del brazo y la empujó hacia el local.

—Creo que estamos cometiendo una locura —protestó Monique.

Pero ya estaban dentro de El Camaleón Dorado.

El *saloon* estaba lleno de humo y en él había medio centenar de clientes. A la izquierda corría un largo mostrador, ocupado por una doble hilera de hombres y mujeres. Ellas eran *girls* y las había de todos los colores de cabello, de todos los tamaños. Algunas se inclinaban procazmente sobre los hombres, o reían de forma escandalosa, o decían las cosas gritando más de la cuenta.

—Vámonos, Elizabeth —dijo Monique.

—¡Pero si esto es un palacio de Las Mil y Una Noches!

—A mí no me parece nada de eso. Todo lo contrario. Es un tugurio.

—Monique, eres francesa. ¿Cómo es posible que hables así de un

local de diversión?
—Hay una leyenda con respecto a nosotras las francesas.
—Sí, he llegado a la conclusión de que es una leyenda porque no eres nada decidida.
Un grandullón se acercó a las jóvenes. Era barbudo, de ojos brillantes, y mostraba una cicatriz sobre la ceja izquierda.
—Hola, monadas. Aquí tenéis a vuestro tío que llegó de La Habana.
—Lárguese —dijo Monique.
—Eso pensaba hacer, largarme. Pero vosotras llegasteis y me quedo. Y no te hagas ilusiones, rojiza, porque es tu compañera rubia la que me gusta.
Así diciendo, el grandullón cogió a Elizabeth por la muñeca.
—Eh, suélteme —dijo Elizabeth.
—Preciosa, te estuve esperando mucho tiempo —dijo el grandullón—. Soy Peter Sarbo.
—Señor Sarbo, no tengo nada que ver con usted.
—Claro que no tienes nada que ver, pero desde ahora tendrás que ver mucho. ¿Cómo te llamas tú?
—Se lo diré por correo.
Peter Sarbo lanzó una carcajada.
—Eso fue bueno, rubita.
Monique puso los brazos en jarras.
—Señor Sarbo, deje a la chica quieta.
—¿Por qué he de dejarla?
—Porque es una menor.
Peter Sarbo agrandó los ojos.
—Demonios, ¿es cierto?
—Tan cierto como que usted se irá al infierno.
—Pues me voy a ir con ella —exclamó Peter, con una estruendosa carcajada—. Anda, chica, ven conmigo. Tu amiga puede esperar. Ya se encargarán de ella.
—De mí no se va a encargar nadie —dijo Monique.
—Te equivocas.
Peter Sarbo llevó los dedos a los labios y pegó un silbido.
En seguida se acercó un tipo tan alto como él, pero con gesto más fiero.
—¿Qué hay, Peter?

—Te presento a la rojiza, Luke.

—El gusto es tuyo, chatilla —dijo Luke, sonriendo a Monique, tomándole medidas con los ojos.

Monique estaba asombrada por la osadía que demostraban ambos individuos.

—Eh, ustedes, lárguense en busca de las muchachas que están empleadas en el *saloon.* Nosotras somos mujeres honradas.

—¿Desde cuándo?

—Desde que nos echaron al mundo.

—Ya tenía ganas de entrar en relación con una honrada —dijo el moreno llamado Luke, y cogió a Monique por la cintura.

—¡Eh, quíteme las zarpas de encima!

—Elizabeth y yo hemos de marcharnos. Nos esperan.

—¿Cómo te llamas tú?

—Monique.

—Eh, Peter, tienen bonitos nombres: Monique y Elizabeth.

Las dos jóvenes forcejeaban, pero perdían terreno.

Los clientes de las mesas cercanas reían ante la escena porque la encontraban muy divertida.

—¡Eh, ustedes, ayúdennos! —gritó Monique.

Pero nadie estaba dispuesto a ayudarlas en aquel difícil trance.

Así fueron hacia unos cortinas que cubrían un hueco.

Monique -cada vez estaba más intranquila. Trató de pegarle un zarpazo a Luke, pero éste la burló hábilmente.

De pronto, un hombre surgió por la izquierda y dijo:

—¿Puedo servirle de ayuda, señorita?

Monique volvió la cabeza tratando de frenar los impulsos de Luke.

Vio a un hombre de unos veintiocho años que le sonreía. Era moreno y su rostro parecía esculpido en bronce; los ojos como la brea, brillantes.

—¡Ayúdenos, señor!

CAPITULO II

El individuo que sonreía a Monique hizo una inclinación.

—Con su permiso —dijo.

El hombre que conducía a Monique ya había prestado atención al desconocido.

—Eh, usted, ¿qué le pasa?

—La señorita dice que no está conforme con su compañía.

—¿Y qué?

—Que la debe dejar marchar.

—Oiga, ¿por qué no se mete en sus asuntos?

—Este es un asunto mío.

—¡No me diga!

—Como lo oye, amigo.

—No soy su amigo.

—Es verdad —dijo el desconocido, y soltó un derechazo a Luke en el estómago.

Monique quedó libre, al mismo tiempo que Luke se encogía, pero estuvo encogido poco tiempo porque el joven le soltó la zurda.

Luke fue alcanzado ahora en el maxilar inferior, y emprendió un prolongado vuelo que acabó destrozando una mesa y dispersando clientes a derecha e izquierda.

Peter se había detenido con Elizabeth al oír la disputa entre su amigo Luke y el desconocido.

—Eh, usted —dijo soltando a Elizabeth—. No me gustó eso que le hizo a Luke.

—Yo también lo siento mucho. No me gustan las peleas.

—Aquí va a haber otra pelea.

—¿Otra?

—Sí, amiguito; otra entre usted y yo.

—No me gustaría pegarme con usted. Parece un tipo simpático.

—Usted no me resulta simpático, entrometido, y ahora va a recibir lo que se merece.

—No lo intente.

—Conque además fanfarrón, ¿eh? Ahí tiene el premio.

Peter lanzó su puño contra el joven de los ojos como la brea.

Monique emitió un gritito porque pensó que su desconocido salvador sería alcanzado por Peter, pero eso no llegó a ocurrir.

Peter falló el golpe y se encontró con lo que no esperaba: con el puño de su rival.

Peter, lo mismo que su compañero, voló por el aire y fue a caer sobre el piano, donde causó un gran estropicio, ya que rompió la mitad de éste y lanzó al pianista a no menos de diez metros de distancia.

En el lugar adonde había ido a parar Luke se había generalizado la pelea. Un borracho había cogido a Luke por su cuenta y le estaba dando patadas.

—¡Peter, a mí…!

Peter se retiró de los escombros del piano y fije en auxilio de su amigo.

El hombre de los ojos como la brea cogió a las dos muchachas del brazo y ellas se dejaron conducir hacia la salida como sonámbulas. Ya no encontraron ninguna dificultad en su camino.

Una vez en la calle, el joven sonrió a las dos asombradas jóvenes.

—Señoritas, espero que les haya servido de experiencia.

—¿Puedo saber el nombre de usted? —preguntó Elizabeth Garrett.

—Desde luego. Soy John Benson, aunque también me llaman El Honesto Salvador de las Damas.

—Si es ésa su profesión, lo hace muy bien.

—Gracias. Es usted muy amable. ¿Por qué entraron en El Camaleón Dorado?

—Fue culpa mía —dijo Elizabeth—. Mi institutriz quiso quitármelo de la cabeza.

John Benson miró a Monique, la cual estaba muy seria.

—¿Francesa?

—¿En qué lo notó? Dicen que mi inglés es perfecto.

—Su inglés es perfecto, pero no lo es su nariz.

Monique parpadeó ante lo que consideraba una impertinencia. Su nariz era respingona, pero nadie le había hecho mención de ello y, además, aquel hombre sonreía burlonamente.

—Estoy orgullosa de mi nariz.

—Me parece muy bien que lo esté. Es una delicia.

—¿Es usted especialista en narices? —inquirió Monique, cada vez más irritada.

—Sólo en narices femeninas.

Elizabeth intervino:

—¿Y qué le parece la mía, señor Benson?

La hija del senador mostraba su magnífico perfil romano, en donde su nariz destacaba por su perfección.

Monique interrumpió el examen.

—Le damos las gracias por habernos sacado de ese tugurio, señor Benson, pero ahora debemos prescindir de su amable compañía.

—¿No quieren que las acompañe?

—No, gracias.

—¿Por qué no? —intervino Elizabeth.

—Por la sencilla razón de que podría vernos tu padre y ya sabes que nos tiene prohibido alternar con personas que no sean sus amigos.

Antes de que Elizabeth pudiera protestar de nuevo, John Benson se quitó el sombrero tejano de ala ancha.

—Espero que nos veamos otra vez, aunque no en las mismas circunstancias.

—Dudo que nos volvamos a ver —dijo Monique—. Embarcamos dentro de tres horas rumbo a San Luis.

—Sin embargo, el mundo cada vez es más pequeño —observó John Benson—. Hasta la vista, señoritas.

Dio media vuelta y volvió a meterse en El Camaleón Dorado.

—¡Dios mío, ese hombre es un valiente! —exclamó Elizabeth—. Se volverá a enfrentar con esos hombres.

—No lo creo.

Justo en ese momento llegó desde el interior un terrible restallido y uno de aquellos hombres que se había metido con ellas, Peter, salió volando por la puerta y rodó por los guijarros de la calle.

Luego sonó otro chasquido, siendo esta vez Luke quien siguió el camino de su compañero.

Los dos quedaron medio inconscientes profiriendo gemidos.

Entonces, John Benson apareció en la puerta sacudiéndose las manos, y dijo:

—Disculpen, señoritas, pero estos hombres insistieron en que les concediese el desquite.

Hizo un nuevo saludo, y, sonriendo, desapareció en el local.

Monique tomó a Elizabeth por el brazo.

—Vámonos de aquí antes de que estos hombres despierten.

Las dos mujeres emprendieron el camino hacia el hotel en que se alojaban, el Regente.

Permanecieron silenciosas hasta que Elizabeth dijo:

—Yo estoy pensando en él. ¿Y tú, Monique?

—Oh, no, de ninguna manera —mintió Monique porque ella también estaba pensando en John Benson.

—¡Qué hombre! —exclamó Elizabeth, con énfasis.

—No creo que se diferencie de otros.

—Monique, ¿es que no tienes ojos en la cara?

—Claro que los tengo.

—Me refiero a que ese hombre es distinto de los demás, aunque tenga una cabeza, dos brazos y dos piernas como los otros.

—¿En qué es distinto?

—En su forma de mirar, de sonreír, de hablar... Nunca conocí a un hombre con una personalidad tan arrolladora.

—Han sido las circunstancias.

—¿Las circunstancias?

—Me refiero a que ha aparecido en el momento oportuno, y admito que su actuación fue irreprochable. Nos salvó del apuro. Eso es cierto. Pero ¿qué clase de individuo es? No pareces darte cuenta en qué local se encontraba. El Camaleón Dorado. ¿No viste qué clase de clientes y qué clase de mujeres...?

—Quizá fue allí para ventilar un negocio.

—Sí, es posible, y ya imagino qué clase de negocios se ventilarán en El Camaleón Dorado. No puede ser nada bueno.

—Monique, eres una exagerada. Quizá él entró allí como nosotras, para conocer el ambiente.

—Tengo la impresión de que el señor Benson conoce muy bien esos ambientes.

—Estupendo.

—¿Tú crees?

—Claro que sí, Monique. El señor Benson debe ser un aventurero, uno de esos hombres que se juegan la vida a cada momento.

—Me temo que estás rodeando al señor Benson de una aureola absurda.

—Prefiero dar rienda suelta a mi imaginación y no pensar en cosas feas respecto al señor Benson. Al fin y al cabo, lo que hizo con

nosotras fue algo digno de un caballero. Nos defendió contra esos dos hombres y no vaciló en hacerlo. Recuérdalo.

Estaban llegando al hotel y Monique detuvo a Elizabeth.

—Quiero que olvides lo que ha pasado, Liz.

—Eso va a ser difícil, puesto que el señor Benson ha dejado una profunda huella en mi corazón.

—Eso es ridículo. Sólo le has visto una vez.

—Basta ver a una persona para que deje huella, y eso depende tanto de ella como de una misma.

—Lo que pretendo decirte es que tu padre no debe enterarse de lo que nos ha pasado.

—Descuida.

—Tu entusiasmo te podría hacer hablar sin darte cuenta. ¿Y sabes lo que pasaría? Que tu padre cancelaría su compromiso conmigo y me devolvería a Francia.

—Oh, no, de ninguna forma.

—Conozco la rectitud de tu padre, y lo haría sin vacilar, a pesar de que me aprecia.

Elizabeth puso una mano en el hombro de Monique y la besó en la mejilla. Sonrió diciendo:

—Tienes razón, Monique. Cuidaré mis pensamientos para no manifestarlos en voz alta. Papá no sabrá nada.

—Magnífico —asintió Monique, también sonriendo—. Vamos a prepararnos para ir al barco.

Elizabeth Garrett lanzó otro suspiro.

—Qué lástima que el señor Benson no sea uno de los viajeros.

CAPITULO III

—Caballeros —dijo el senador Frank Garrett a los periodistas que estaban reunidos en el salón—, ustedes saben muy bien el motivo de mi viaje. Un simple descanso con mi hija. Siendo yo niño recorrí muchas veces este río y durante tres años fui un simple marinero. A los dieciocho fui a la gran ciudad a probar fortuna, pero nunca pude olvidar mi tiempo pasado en los barcos, ni las bellas imágenes que contemplaba desde la cubierta...

Un periodista rubio intervino:

—Senador, se ha dicho que el motivo de su viaje es otro, el de acabar con el juego sucio en los garitos de San Luis y otros lugares...

El senador Garrett apretó los labios hasta formar una línea recta.

—Estoy contra el juego sucio como cualquier otro ciudadano, pero mi viaje no tiene por objeto ninguna investigación. Sólo quiero descansar. Le había prometido a mi hija este viaje hace mucho tiempo, pero mis obligaciones me impidieron hasta ahora cumplir esa promesa.

El mismo periodista rubio dijo:

—Senador, circulan rumores por San Luis.

—Usted y yo sabemos que no se debe hacer caso de los rumores.

—Sin embargo, éste es muy insistente. Se refiere a que usted está dispuesto a barrer de San Luis a Tod Bally.

—Lo siento, pero no hay respuesta.

—¿Por qué, senador?

Frank Garrett miró a su secretario, Edward Pennys, un abogado de Nueva Orleáns que estaba al servicio del senador desde hacía tres años.

Pennys intervino inmediatamente.

—Señor Harrison —contestó al periodista—, el senador no está preparado para contestar a preguntas sobre personas determinadas.

—¿Quizá el senador no conoce a Tod Bally?

Las palabras de Harrison provocaron risas entre los otros periodistas. Tod Bally era el hombre más conocido de todo el río, desde Nueva Orleáns hasta mucho más arriba de San Luis. Se decía que era el dueño de no menos de quince garitos ubicados en tierra firme o en los barcos.

Edward Pennys fue a contestar, pero el senador le hizo un gesto

con la mano, y a continuación preguntó:

—¿Cuál es su nombre, amigo?

—Ed Reagan, y trabajo para el *Monitor* de Memphis —contestó el periodista rubio.

—Señor Reagan, conozco a Tod Bally de oídas, y usted sabe que no se puede opinar de una persona por simple referencia.

—Se dice que usted piensa patrocinar una encuesta en el Senado.

—Yo he patrocinado muchas encuestas en el Senado.

—Me refiero a una concreta, senador, una encuesta contra el vicio en el Mississippi y en el Missouri.

—Es demasiado prematuro hablar de ello.

—¿Puedo publicar que podría ser uno de sus planes inmediatos?

—Es posible.

—Eso implicaría que usted tendría que enfrentarse con Tod Bally.

—Usted sigue insistiendo en personalizar, señor Reagan. He admitido que puedo patrocinar una encuesta contra el vicio en esta parte del país, a lo largo del río. Eso le debe bastar a usted.

—Muchas gracias.

Los periodistas echaron a correr buscando la salida.

Sólo Reagan se quedó allí. Después de guardar el lápiz y el cuaderno de notas, alargó la mano al senador.

—Gracias, senador, ha sido usted muy elocuente.

—¿De qué parte está usted, señor Reagan? —preguntó el senador, estrechándole la diestra.

—¿Cómo?

—Una pregunta concreta. ¿Lo mandó Tod Bally, quizá?

—Senador, no debe ser tan suspicaz. Formo parte de la redacción del *Monitor*.

—Oh, sí, el *Monitor* que se publica en Memphis. Ya lo dijo.

—Hasta pronto, senador. Le deseo que su viaje por el río sea placentero.

Reagan hizo una inclinación, y siempre con una sonrisa irónica en los labios, salió de la *suite* del hotel Regente, donde se había celebrado la entrevista.

El senador se acercó a una bandeja donde había botellas y vasos y se preparó un whisky.

Su secretario carraspeó:

—Ese Reagan es un miserable al servicio de Tod Bally, senador.

—Ya lo supuse.

—Le advertí contra esta entrevista, senador. Nunca debió aceptarla, se lo dije. Era una trampa.

—A pesar de ello, tenía que hablar.

—¿Por qué?

—Porque fui elegido por el pueblo y, por tanto, debo dar explicaciones cuando me las piden. ¿Qué querías, Edward? ¿Qué me hiciese el enfermo para no hablar con los periodistas? ¿Habría sido una solución?

—Pero ahora ellos utilizarán sus respuestas para tergiversarlas. Ya estoy viendo el titular de *El Monitor,* de Memphis: «El senador Garrett, dispuesto a eliminar del río a Tod Bally.»

—No hace falta poseer mucha imaginación para suponerlo.

—Senador, creo que debe suspender el viaje.

—¿Y regresar a Washington?

—Es la mejor solución.

—¿Qué conseguiré con ello, Edward?

—Si emprende el viaje por el río, en todas partes lo estarán esperando los periodistas para que amplíe sus declaraciones relacionadas con la encuesta.

—Es lo lógico.

—Usted no puede seguir hablando contra Tod Bally.

—Haré todo lo posible para evitarlo. No por Tod Bally, sino porque una encuesta debe ser realizada oficialmente y yo todavía no la emprendí.

Edward Pennys sacó un pañuelo, con el que se enjugó el sudor de la frente.

—Senador, usted sabe que una de nuestras escalas es San Luis.

—Desde luego.

—Pero allí está Tod Bally.

—¿Debo pasar de largo porque está allí ese canalla? No te preocupes, Edward. Trataremos de que el viaje sea lo más pacífico posible; pero si Tod Bally quiere complicarme la vida, yo también se la complicaré a él.

—Perdone, senador, pero Bally es un hombre muy poderoso.

—Me da vergüenza oír eso.

—Sin embargo, es la verdad.

—Es vergonzoso —repitió el senador Garrett—. Tod Bally es un rufián.

—Sí, eso lo sabemos casi todos, pero es un hombre con unos cuantos millones de dólares en su cuenta corriente, con docenas de empleados y, entre ellos, se encuentran alcaldes, directores de periódicos y, según se dice, hasta personas que forman parte de la Administración de Washington.

—Esa es una buena razón para que un hombre honrado luche contra Tod Bally hasta barrerlo, como dirá el *Monitor* de Memphis —sonrió.

En aquel momento se abrió la puerta lateral y Elizabeth Garrett entró, seguida de su institutriz Monique.

—Papá, creo que si no nos damos prisa vamos a llegar tarde al barco.

El senador besó a su hija en la mejilla.

—No te preocupes. Ya salimos del hotel. ¿Dónde estuviste?

—Dando un paseo por Nueva Orleáns con Monique.

—¿Algo nuevo?

Elizabeth pensó en John Benson.

—Oh, sí, papá. Vimos un monumento que nos gustó mucho. ¿Verdad, Monique?

—Sí —contestó Monique.

—¿Qué monumento era? —preguntó el senador.

—Pues, pues...

—¿Tan original es que no puedes describirlo, Elizabeth? —sonrió el senador.

—Es que soy muy torpe de palabra, pero Monique podrá hacerlo mejor que yo.

Monique tragó saliva.

—Bueno, se trata de un monumento de alto valor histórico. La casa en donde durmió Lincoln un par de noches poco antes de que fuese elegido miembro de la Cámara de Representantes.

—Me gusta que veas todo lo que aumente tu cultura, Liz —dijo Frank Garrett.

—Esta vez recibí una lección estupenda, papá. Te lo aseguro. Me emocionó tanto que ya estoy deseando ver de nuevo ese monumento.

—Bueno, ya lo verás cuando regresemos —dijo el senador—.

Ahora vamos al barco o el capitán Willy Wilson tendrá que zarpar sin nosotros.

Monique Darcel lanzó un suspiro de alivio. Aquella vez, Elizabeth había ido demasiado lejos comparando a John Benson con un monumento.

CAPITULO IV

El capitán Willy Wilson era lo más parecido a un viejo lobo de mar. Tenía larga barba blanca, los ojos centelleantes de color azul y manos como garras. Se decía que el capitán Wilson había aprendido el arte de navegar por el Atlántico con el tráfico de esclavos; pero eso nadie lo había probado. Lo cierto era que Willy Wilson llevaba más de veinte años navegando por el río.

—Levanto mi copa por las bellas señoritas que nos acompañan, y les deseo una feliz travesía —brindó el capitán Wilson.

Había terminado la cena que el capitán Wilson daba a sus pasajeros de honor, el senador Frank Garrett y su hija Elizabeth.

—¿Me concede este baile, Elizabeth? —dijo el secretario del senador, Edward Pennys.

—Desde luego —asintió la joven.

El primer oficial, Steve Cook, ofreció su brazo a Monique.

Otras parejas se pusieron a hablar.

Steve Cook preguntó:

—¿Ha viajado alguna vez por el río, Monique?

—No. Es la primera vez que lo hago.

—Encontrará muchas cosas que le agradarán.

—Eso espero.

—¿Siente nostalgia de su país?

—Siempre se siente añoranza del lugar en que una ha vivido y de las personas que dejó allí. Aunque en mi caso, esos sentimientos son menores, ya que mis padres murieron cuando yo era muy pequeña y no tengo hermanos.

—¿Estará mucho tiempo con los Garrett?

—Eso dependerá de ellos.

—En tal caso, su estancia en nuestro país se prolongará mucho. Estoy seguro de que el señor Garrett es un hombre juicioso y querrá mantener a su lado a una mujer inteligente.

—¿Cómo sabe que soy inteligente?

—Por su forma de contestar.

Cuando el baile terminó, Steve Cook dijo:

—Lo siento, pero he de acudir al puente de mando. Espero verla pronto.

Un hombre fornido intentó ocupar el lugar del primer oficial. Se

llamaba Joe Ristre y había sido presentado como comerciante en granos.

—Perdone —le dijo Monique—, pero si usted me lo permite, iré a mi camarote. Estoy un poco cansada.

La joven salió del comedor.

Abajo, en uno de los puentes, se había organizado una fiesta. Algunos negros cantaban y otros daban palmadas.

Monique se sintió atraída por el espectáculo y bajó la escalera.

El baile y los cantos tenían algo de ritual africano. Un hombre y una mujer, dos negros, bailaban con ritmo sensual, siguiendo el compás que marcaban los tambores.

Monique llevaba un rato escuchando y observando la danza, apoyada en la pared, cuando oyó una voz muy próxima.

—No deje que el hechizo de ese baile se apodere de usted.

Monique volvió la cabeza, sintiendo que el corazón le daba un vuelco.

El hombre que hablaba era John Benson. Su cara estaba cerca y sus ojos brillaban en aquella mancha de tinta. Sonreía y sus dientes eran blancos como la leche, parejos, y esbozaban una sonrisa.

—Me ha asustado, señor Benson.

—Lo siento.

—¿Qué ha querido decir con sus palabras?

—Quiero decir que es peligroso que usted se sienta atraída por ese canto y ese baile que salieron de la selva, que conservan su primitivismo salvaje...

Monique quedó un tanto perpleja.

—¿Quién es usted, señor Benson?

—¿Quién cree que puedo ser?

—No me gustan las adivinanzas cuando se trata de conocer a una persona.

—Sin embargo, debemos recurrir muchas veces a nuestra imaginación para tratar de saber algo acerca de la persona que nos interese. Por ello sufrimos muchas decepciones, porque muchas cualidades que nosotros colocamos en esa persona no responden más tarde a la realidad.

—Habla usted como un profesor. ¿Lo es usted, señor Benson?

—No, no soy ningún profesor. Además, no tiene usted razones para suponer que yo lo pueda ser. Sólo le estoy hablando de la vida.

—Pero si usted habla de la vida es porque cree que sabe mucho de ella.

—Sí, eso lo admito

—¿Y qué hizo usted para saber tanto de la vida?

—Vivir —contestó John Benson, riendo.

La joven se sintió bruscamente irritada.

—No me gusta que se burlen de mí, señor Benson.

—No trato de burlarme de usted.

—Pues cualquiera lo diría. Me ha tomado por una niña tonta.

—Oh, no. Sólo he tratado de saber cómo es usted y a veces se aprende más rápidamente hiriendo con suavidad.

—Es usted un presuntuoso.

—Quizá.

—¿Y le gusta serlo?

—Unicamente por los beneficios que puedo lograr.

—Empiezo a creer que Elizabeth tenía razón.

—¿En qué?

—Con respecto a usted.

—¿Y qué fue lo que dijo Elizabeth?

—Que era usted un aventurero.

John Benson guardó silencio. Miró a los negros que bailaban. Ahora el bailarín estaba quieto y su compañera era presa de extrañas convulsiones. Giraba y giraba alrededor del bailarín mientras el ritmo de los tambores iba creciendo.

—¿Lo es usted, señor Benson? —preguntó Monique, de nuevo.

—¿Un aventurero?

—Claro.

—Según como se mire.

—Es una respuesta demasiado ambigua, señor Benson.

—Digamos que soy un hombre muy curioso por todo lo que ocurre a su alrededor, y que, en un determinado momento, se deja arrastrar por las circunstancias.

—Continúa siendo usted ambiguo.

John Benson sonrió de nuevo mostrando sus blancos dientes en contraste con su tez morena.

—Ya tendrá oportunidad de conocerme, Monique.

Ella parpadeó.

—Me temo que no.

—Voy a San Luis y viajamos en el mismo barco.

—Yo tengo obligaciones que cumplir, señor Benson.

—¿También de noche?

—Sí, señor Benson.

—Siempre habrá una ocasión para que usted y yo nos veamos.

—Tendremos que dejarlo al azar.

—Me parece bien. El azar siempre es misterioso y la vida sin el misterio sería demasiado prosaica.

—Buenas noches, señor Benson.

—Buenas noches, Monique.

Monique entró en su camarote y se apoyó en la puerta cuando la cerró. Estaba turbada. ¿Por qué? La razón era muy sencilla: John Benson. ¿Por qué aquel hombre la había desconcertado tanto? Empezaba a odiarlo por aquella seguridad en sí mismo que él demostraba, y que era lo más parecido a la presunción.

De pronto, llamaron a la puerta del camarote.

—¿Quién es?

—Elizabeth.

Monique abrió y Elizabeth entró.

—Eh, Monique, ¿cómo te encuentras?

—Muy bien.

—El agente de granos me dijo que estabas enferma. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿O fue una excusa para no bailar con él?

—Era cierto que estaba cansada.

—Pero te veo como si acabases de llegar.

—Sí, acabo de llegar.

—¿Y dónde estuviste?

Monique pensó que era mejor decírselo. Después de todo, si John Benson viajaba hasta San Luis, era evidente que él y Elizabeth se tendrían que encontrar tarde o temprano.

—Estuve con el señor Benson.

—¿Con quién?

—Con John Benson.

La joven rubia abrió los ojos como platos.

—*¿Está en el Delfín Verde?*

—Sí.

—Dime dónde.

—Serénate, Elizabeth.

—Quiero hablar con él otra vez.

—Te lo prohíbo.

—¿Que me lo prohíbes?

—Recuerda que eres una señorita.

—Pero tú también lo eres. ¿Y por qué has hablado tú y yo no?

—Te lo explicaré, Liz. Fue una casualidad. Cuando salí del comedor tenía la intención de encerrarme en mi camarote; pero oí unas canciones, un baile, en el puente de abajo y me sentí interesada. El señor Benson estaba allí y se dirigió a mí.

—¿Qué te dijo?

—Hablamos de vaguedades. No tienen importancia, Elizabeth —contestó Monique, apretándose las sienes con la mano—. Elizabeth, tienes que quitarte a ese hombre de la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque no me parece el compañero de viaje más adecuado para ti.

—Creo que debo ser yo quien decida eso.

—Tengo mi responsabilidad contigo, Elizabeth.

—Pues por encima de tu responsabilidad, voy a ir a ese puente para hablar con el señor Benson.

—No lo hagas.

—Lo haré.

—Tienes que obedecerme, Elizabeth.

—Creo que conozco la razón para que me prohíbas ver a ese hombre. A ti también te gusta el señor Benson.

—¡Elizabeth!

—Sí, y ves en mí a una rival.

—No seas chiquilla.

—No, no lo voy a ser. Te lo prometo —repuso Elizabeth, y salió del camarote, dando un portazo.

Monique fue a ir detrás de ella, pero se detuvo con la mano en el tirador. Elizabeth era una muchacha rebelde, con mucho genio, y tal como estaban las cosas, no podría hacerla desistir sin provocar un escándalo.

Empezó a pasear preocupada.

Pasaron treinta minutos..., sesenta... Monique no había oído hasta entonces ningún ruido en el camarote de al lado, el de Elizabeth.

Salió del suyo y llamó a la puerta vecina.

—Elizabeth, ¿estás ahí?

No le contestó nadie.

Al senador no le gustaría que su hija estuviese en compañía de un desconocido a esas horas de la noche y tomó la decisión de ir al puente en que se había encontrado con Benson.

Los negros habían terminado ya su espectáculo. Todo estaba en silencio. ¿Adónde habría ido Elizabeth con Benson?

—¿Busca a alguien? —oyó una voz ronca.

Era un tipo que estaba acodado en la pasarela, obeso, de talla mediana, carirredondo.

—A John Benson —le contestó Monique.

—No sé quién es, pero yo puedo ocupar su lugar —le sonrió el individuo.

—No, gracias —le contestó Monique, con energía, y se alejó.

Poco después, descubrió a un hombre de la tripulación.

—Por favor, estoy buscando a un pasajero. Se llama John Benson.

—Oh, sí. Lo conozco. Hace un rato vi que se retiraba a su camarote.

—¿Solo?

—No. Iba con una mujer.

Monique se sintió poseída de toda la rabia del mundo. Abrió su bolso y sacó dos monedas de a dólar.

—¿Cuál es el número del camarote de John Benson?

—El 66. Llegará en seguida si entra por esa puerta.

Monique entregó el dinero al marinero y pidió al cielo que no llegase demasiado tarde al camarote 66.

CAPITULO V

Monique golpeó la puerta del camarote.

No le contestó nadie y llamó con más fuerza.

—¿Quién es? —oyó la voz de John Benson.

—Monique Darcel.

—Perdone, Monique, pero no la puedo atender ahora. —Abra en seguida.

—Ya le he dicho que no es posible.

—No me importa lo que me haya dicho. ¡Le ordeno que abra!

—Está bien. Espere.

Transcurrió un minuto y la puerta fue abierta.

John Benson estaba al otro lado en mangas de camisa, el pelo revuelto.

—¿Dónde está ella, señor Benson?

—¿Ella?

—Ya sabe a quién me refiero.

—No, no lo sé.

—Conque no lo sabe, ¿eh? Es usted un embustero, señor Benson. Elizabeth está ahí dentro.

—Se equivoca.

—Déjeme entrar.

—No puedo dejarla pasar.

—Es usted un insensato, señor Benson. Elizabeth tiene diecisiete años. Le falta mucho para alcanzar la mayoría de edad, y su padre es un senador de Estados Unidos. Sume todo eso.

—Ya está sumado.

—¿Y se queda tan fresco?

—Sí, así es.

—Señor Benson, Elizabeth se quedó muy corta al calificarlo como un aventurero. Es mucho peor que eso.

—¿Qué, por ejemplo?

—Un desaprensivo.

—Está muy excitada, Monique.

—Tengo motivos para estarlo. Y ahora, ¿se aparta de esa puerta?

John dio un suspiro.

Se retiró dejando el paso libre a Monique.

Monique miró a John Benson.

—¿Y Elizabeth?

—No la he visto.

—Ella dijo que venía a verle a usted.

—No entiendo.

Monique se dijo que se había cubierto de ridículo. Naturalmente, Elizabeth no había encontrado a John Benson y ya estaba de regreso en su camarote.

—Perdón, señor Benson —dijo—. Me siento avergonzada.

Antes de que él pudiese decir nada, Monique salió rápidamente.

Se detuvo ante la puerta del camarote de Elizabeth y golpeó otra vez con los nudillos.

—Elizabeth.

No obtuvo respuesta y pensó que quizá la hija del senador estaba durmiendo. Por eso llamó más fuerte.

—Elizabeth, abre. Sé que estás ahí.

El resultado fue el mismo. Otra vez se intranquilizó y ahora sobrevino lo peor.

El senador Garrett apareció por el fondo del pasillo hablando con su secretario Edward.

Al ver a Monique sonrió.

—Hola, señorita Darcel. ¿Ya se acostó Elizabeth?

Monique se mordió el labio inferior.

—Debe de estar acostada.

—¿Qué quiere decir con que debe estar acostada?

—La estoy llamando hace rato y no contesta.

—Déjeme —dijo el político, acercándose a la puerta del camarote de Elizabeth, y golpeó repetidamente en ella—. ¡Elizabeth! ¿Estás ahí, Elizabeth?

Nadie abrió desde el interior y entonces el senador miró a Monique.

—¿Qué significa todo esto, señorita Darcel?

—Estoy un poco confusa.

—¿Confusa? No le entiendo, explíquese.

—Es que resulta un poco complicado.

—Señorita Darcel, le ordeno que me diga dónde está mi hija.

—Es que no lo sé.

—¿Que no lo sabe?

—Me dijo que iba a ver a John Benson.

—¿A John Benson? ¿Quién es?

—Un viajero.

—Muy bien, vamos a hablar con ese John Benson. Pero permítame que le diga, señorita Darcel, que su actitud no me gusta nada. Es usted la institutriz de Elizabeth y debió tener cuidado de ella.

—Lo tuve. El señor Benson no sabe nada de Elizabeth.

—Edward, quiero una llave de este camarote. Rápido.

—Sí, señor Garrett.

El secretario del senador echó a correr por el pasillo.

El senador exhaló el aire de sus pulmones.

—Señorita Darcel, espero que Elizabeth se encuentre bien.

—Creo que es usted demasiado injusto conmigo.

—¿Demasiado injusto cuando la elegí a usted para que cuidase de mi hija y ahora no sabe decirme dónde está Elizabeth?

—Ella quiso hacer su voluntad.

—¿Se refiere a reunirse con ese hombre, con John Benson?

—Sí.

—En tal caso debió informarme.

—Pensé que su entrevista con Benson, si se llegaba a realizar, sería intrascendente.

—Hábleme de ese John Benson. ¿Quién es? ¡Vamos, empiece, señorita Darcel! No es momento para guardar silencio.

Monique le hizo un relato de la forma en que Elizabeth y ella habían conocido a John Benson.

El rostro del senador fue empalideciendo poco a poco.

—Señorita Darcel, me deja usted asombrado. Nunca debió permitir que Elizabeth entrase en ese tugurio.

—No lo pude evitar.

—Diga mejor que usted también sentía interés por conocer el ambiente de ese local.

Monique deseó con todas sus fuerzas que la tierra se la tragase. Después de todo, quizá el señor Garrett tuviese razón. ¿Por qué entró con Elizabeth en El Camaleón Dorado?

El secretario y el primer oficial llegaron en ese momento.

Steve Cook hizo un ligero saludo.

—Abra esa puerta, señor Cook —dijo el senador.

Steve Cook abrió el camarote y el senador se precipitó en el

interior. Tras él, lo hizo Edward Pennys.

Monique y el primer oficial se quedaron en el corredor, pero permanecieron a solas poco tiempo, ya que Frank Garrett y su secretario salieron en seguida.

—¡Elizabeth no está aquí! —gritó el senador—. ¿Qué me dice ahora, señorita Darcel?

—No entiendo.

—Siento que usted no lo entienda, señorita Darcel, porque debería saber dónde está mi hija.

En aquel momento apareció un marinero por el corredor.

—Senador Garrett, traigo una carta para usted.

—¿Una carta?

—Sí, me la entregaron de una forma muy extraña... Alguien me cogió por detrás, me cubrió los ojos con la mano y me amenazó con un revólver. Me dijo que debía de entregar esta carta a usted, y cuando me di cuenta, me encontraba a solas en el puente donde me habían sorprendido.

—Deme esa carta, marinero.

El marinero sacó la carta y se la entregó al senador,

Este la leyó. Decía:

«Senador Garrett, su hija está en nuestro poder, secuestrada. No trate de rescatarla, ya que está ahora muy lejos del *Beatón Rouge.* Recibirá nuevas instrucciones.»

Había una firma: «Los Bucaneros.»

CAPITULO VI

El senador Garrett entregó un billete de cinco dólares al marinero, el cual dio las gracias y desapareció.

El rostro de Frank Garrett estaba muy pálido.

Su secretario y Monique lo observaban atentamente.

Entonces el político leyó en voz alta la carta, con una voz emocionada que se quebró varias veces.

—¡Dios mío! —exclamó Monique.

—¿Qué tiene que decirme a este respecto, señorita Darcel?

—Nada. No puedo decirle nada.

—Usted dejó marchar a Elizabeth.

—Pero ella iba a hablar con el señor Benson. Ese hombre la había impresionado mucho. Traté de disuadirla, pero no lo conseguí.

—¿Por qué no me avisó?

—Pensé que la entrevista entre Elizabeth y John Benson no tendría la menor importancia, que su hija se limitaría a dialogar…

—Al parecer, el señor Benson no se limitó a charlar con mi hija.

—Pero el señor Benson se encuentra en el barco… Fui a su camarote en busca de Elizabeth.

—¿Y por qué fue a su camarote en busca de mi hija?

—No la encontré en cubierta y pensé que Elizabeth había cometido una tontería, que quizá había aceptado una invitación de John Benson.

—Entiendo.

—Pero insisto en que me equivoqué. Elizabeth no está con John Benson.

—Señorita Darcel, espéreme en su camarote.

—¿Qué va a hacer usted?

—Edward y yo iremos a hablar con el capitán.. Dadas las circunstancias, él sabrá qué hacer con respecto al señor Benson.

—¿Supone que el señor Benson está relacionado con el secuestro?

—No tengo la menor duda, teniendo en cuenta las explicaciones

que usted me ha dado. Elizabeth fue a ver a Benson y luego recibí la carta en que me comunican que mi hija está fuera del barco. ¿Quién le dio la carta al marinero tapándole los ojos y amenazándole por la espalda? Yo apuesto por el señor Benson. Vamos, Edward.

El senador se marchó rápidamente por el pasillo *y* Edward trotó detrás de él.

Monique quedó a solas, junto a la puerta, pensativa, mordiéndose el labio inferior. Al fin tomó una de- cisión.

Poco después se encontraba de nuevo ante el camarote número 66.

Llamó con el puño y esta vez lo hizo con fuerza.

—¿Quién es? —oyó la voz de John Benson.

—Soy yo, señor Benson. Monique Darcel,

Esta vez, Benson no se negó a abrir.

—¿Qué puedo hacer por usted ahora, señorita Darcel?

—Será mejor que hable con usted ahí dentro.

—¿No será peligroso para usted?

—¿Por qué dice eso, señor Benson?

—Lo decía por su buen nombre. Si alguien se entera que está aquí, conmigo a solas, podría pensar mal

—¿Le importa a usted?

—A mí no me importa absolutamente nada. Sólo lo decía por si no pensó en las consecuencias. Al senador no le gustaría saber que la institutriz de su hija ha estado un rato a solas en el camarote de un hombre.

—Señor Benson, le agradezco mucho su preocupación por mi fama, pero eso no me importa nada.

—Está bien. Entre.

John Benson le dejó el paso libre con una suave inclinación.

La joven entró y cerró la puerta.

Benson había cruzado los brazos.

—Adelante, Monique.

La francesa respiró profundamente, y dijo:

—Sé que usted y otros hombres han secuestrado a Elizabeth. Usted le ha mandado una carta al senador. En ella le dice que Elizabeth se encuentra muy lejos del *Delfín Verde* y le aconseja que se esté quieto, y que recibirá nuevas instrucciones. Señor Benson, usted es uno de Los Bucaneros.

—¿Los Bucaneros?

—Los firmantes de la carta.

Benson frunció el ceño.

—¿Habla en serio, señorita Darcel?

—Absolutamente —contestó Monique, con la barbilla levantada.

—Entonces le diré que me decepciona mucho.

—¿De veras?

—Sí, señorita Darcel, me decepciona por pensar que yo haya podido cometer una cosa como ésa.

—Tuvo todas las probabilidades.

—¿Por qué?

—Porque usted nos conoció en unas circunstancias bastante extrañas.

—Sí, eso lo admito.

—Empiezo a comprender que nuestro primer encuentro no fue casual.

—Yo también empiezo a comprender, Monique. Según usted, yo pagué a los dos hombres que las importunaron.

—Sí.

—Y mi objeto era salir en su defensa para lograr su amistad, en especial la de Elizabeth.

—Confieso que logró un éxito completo. Desde entonces, Elizabeth sólo ha pensado en usted.

—¿Sugiere que se ha enamorado de mí?

—No sea fatuo, señor Benson. Claro que no se ha enamorado de usted, pero usted impresionó mucho a mi ingenua alumna.

—¿A usted no?

—Claro que no. Yo alcancé la mayoría de edad, señor Benson.

—No debe estar muy lejos de la mayoría de edad. ¿Veinticuatro años?

—Veintitrés, señor Benson —se apresuró a rectificar Monique.

—Muy bien, señorita. Veintitrés Años, le voy a contestar a su problema. —Benson hizo una pausa, los ojos clavados en los de Monique, y agregó—: No tengo nada que ver con ese secuestro. Nuestro encuentro en Nueva Orleáns fue completamente casual, y aquí, en el barco, sólo la vi a usted, lo cual quiere decir que nunca me encontré con Elizabeth ni en el puente, ni en este camarote, ni en cualquier otro lugar.

—Me gustaría que dijese la verdad, señor Benson.

—Le digo la verdad.

—No puedo creerlo.

—Entonces lo siento por usted.

En aquel momento golpearon en la puerta.

—¿Señor Benson? —era una voz imperiosa, enérgica.

Monique se sintió aterrada y lo demostró alargando la mano sobre el brazo de John Benson.

Benson le dio una palmada en la diestra.

—Tranquilícese —dijo, *y* preguntó al hombre que estaba al otro lado de la puerta—: ¿Qué pasa?

—Abra, señor Benson. Quiero hablar con usted. Soy el capitán Wilson.

—Lo siento, capitán, pero me disponía a dormir. Ya le veré a usted mañana.

Una voz distinta de la del capitán Wilson tronó:

—Señor Benson, soy el senador Garrett, necesitamos hablar con usted referente a un asunto muy grave.

Monique se puso la mano en la boca para ahogar el grito que pugnaba por salir de su garganta.

John Benson le habló en voz baja:

—Métase debajo de la cama.

—Eso es ridículo.

—Muy bien, la sacaré por el ojo de buey.

Monique echó una mirada al agujero y dijo:

—No puedo pasar por ahí.

Benson observó a la joven y llegó a la conclusión de que la muchacha estaba en lo cierto: Nunca pasaría por el ojo de buey.

—¿Qué quiere que haga entonces, señorita Darcel?

—Abra esa puerta.

—¿Que abra? El senador la va a descubrir aquí.

—Ya no me importa nada. Se lo dije. Ni siquiera que me ahorquen.

CAPITULO VII

—La suerte está echada —dijo Benson.

—Sí, eso digo yo —contestó Monique con voz lúgubre.

—No se preocupe. Todo quedará claro.

John Benson se dirigió a la puerta y abrió, pero tuve cuidado de cubrir el hueco para que desde fuera no viesen a Monique.

—¿Qué pasa, capitán? ¿Fuego a bordo?

El capitán Wilson se estaba mesando la barba.

—¿Conoce al senador Garrett?

—No, no tengo ese gusto —dijo Benson, mirando a Frank Garrett, en cuyo rostro se veían las huellas de una gran contrariedad.

—Señor Benson —dijo el político—, además de senador, soy el padre de Elizabeth Garrett.

—Le felicito. Es una bonita muchacha.

El rostro del senador empezó a ponerse rojo.

—¿Admite que la conoce, Benson?

—Sí.

—¿Dónde la conoció?

—En un local de Nueva Orleáns, llamado...

—No es necesario que diga el nombre.

—¿Por qué no? Usted hizo la pregunta y yo acostumbro a responder concretamente.

—Señor Benson, me doy cuenta de que posee usted una gran sangre fría.

—No es la primera vez que lo oigo, senador. Muchas personas, después de tratarme algún tiempo, llegan a la conclusión de que soy un hombre de una gran sangre fría.

—Entonces iremos al grano sin rodeos.

—Magnífico.

—Usted forma parte de una pandilla que ha secuestrado a mi hija.

—Me temo que no está empleando las palabras adecuadas,

senador.

—¡Contésteme! ¿Dónde está mi hija?

—Senador, no sé una palabra acerca de dónde se pueda encontrar su hija. No tengo nada que ver con esos secuestradores.

—Elizabeth se disponía a entrevistarse con usted.

—Suponiendo que fuese cierto, nunca llegué a verla en este barco. Se lo aseguro, senador.

—No lo creo.

—Lo siento, pero de momento no puedo hacer nada para disipar sus dudas.

—Claro que puede.

—Dígame lo que debo hacer.

—Vamos a registrar su camarote.

—Lo siento, pero no lo voy a permitir.

El senador miró al capitán, el cual había escuchado aquel diálogo en silencio. El viejo marino carraspeó y dijo:

—Señor Benson, como capitán de este barco asumo varias funciones y usted lo sabe. Una de ellas es la de hacer respetar la ley. Soy una especie de *sheriff, marshal* o como usted quiera llamarlo. Por ello, en uso de mis atribuciones, he decidido registrar su camarote. Si usted se opone, me veré obligado a tomar otras medidas.

—¿Cuáles, capitán?

—Ordenaré su detención.

—¿Bajo qué cargo?

—Sospecha de secuestro.

—Tendría que probarlo, capitán.

—Lo dejaré libre si no puedo probar su participación en el secuestro, pero, mientras tanto, usted estará en el calabozo y nosotros podremos registrar su camarote.

Monique tironeó de la manga a Benson.

—Sé que lo está haciendo por mí, Benson.

El senador, al oír aquella voz, hizo un gesto de asombro.

—¡Monique! —exclamó.

John Benson se apartó y entonces Frank Garrett y el capitán Wilson pudieron entrar en el camarote.

Antes de que el senador pudiese recuperar el uso de la palabra, John Benson dijo:

—Senador, la institutriz de su hija vino para hacer su

investigación particular. Quiero decir que me interrogó muy hábilmente acerca del paradero de Elizabeth. Naturalmente, no le pude ayudar en nada.

—Me extraña mucho que defienda a Monique, señor Benson.

—Pues no le extrañe. Lo hago porque la señorita Darcel sólo quiso velar por la seguridad de Elizabeth.

—Señor Benson, no asuma la defensa de Monique, porque no los voy a creer a ninguno de los dos —miró a la joven—. Lamento que haya dado este paso, Monique.

—Senador, es injusto conmigo.

—No sé si soy injusto o no, pero tal como usted ha obrado, no tengo más remedio que pensar en lo peor.

—¿Y qué es lo peor? —preguntó Monique, la voz quebrada por la ira.

El senador guardó silencio y fue Benson quien habló:

—Monique, el senador se refiere a que usted y yo somos cómplices.

Monique agrandó los ojos.

—¿Usted piensa eso, senador...? ¿Que yo haya podido cometer una monstruosidad semejante?

—¿Por qué vino aquí? Usted ha sido culpable de que imagine tales cosas. Soy el padre de Elizabeth y debo preocuparme por ella. Todo lo que se refiere al señor Benson es muy raro. Le dije que permaneciese en su camarote y, cuando vengo aquí, me encuentro con usted, señorita Darcel.

La joven hacía verdaderos esfuerzos para no llorar.

—Capitán, ¿también estoy detenida?

—No sé. Yo estoy hecho un lío.

El senador intervino:

—Déjela libre, capitán.

—Ya lo ha oído, señorita Darcel —dijo el barbudo marino—. No hay cargos contra usted.

La joven fue a salir del camarote, pero antes se detuvo ante Benson y dijo:

—Gracias por todo lo que hizo por mí, señor Benson.

—Siento no haber tenido éxito.

—Eso era lógico. No se preocupe. Buenas noches.

Monique salió del camarote.

Entonces, el senador Garrett dijo:
—Proceda al registro, capitán.
—¿Insiste en que está aquí su hija?
—Ahora ya sé que no está aquí —contestó Frank Garrett—. Pero quizá encuentre alguna prueba de la complicidad de Benson con esa pandilla que se hace llamar Los Bucaneros.
Benson sonrió suavemente.
—Pueden registrarlo todo.
Empezó a quitarse la camisa.
—¿Qué hace? —inquirió el capitán.
—Imagino que ustedes quieren examinarse hasta la punta de los pies. Podría guardar algo entre ellos, ¿no le parece, senador?
—Abandone esa actitud insolente, señor Benson.
—Eh, señor Garrett, tenga cuidado. Mi paciencia también tiene un límite. He decidido llevarle a usted la corriente, pero no crea por eso que voy a consentir una humillación. Comprendo perfectamente cuál es su estado de ánimo. El secuestro de su hija lo ha conturbado y, cuando un hombre se encuentra en esas circunstancias, no se le puede exigir una total responsabilidad de sus actos. Ya ve que soy humano, senador. Pero le ruego que no se extralimite.
Frank Garrett guardó silencio, mientras el capitán Wilson registraba concienzudamente el camarote. Por último el marino anunció:
—Señor Garrett, no he podido encontrar nada.
—¿Puede dejarme a solas con el señor Benson?
—Desde luego. Le esperaré en el puente de mando.
Willy Wilson salió del camarote y el senador clavó los ojos en el rostro bronceado de John Benson.
—Hábleme de usted, señor Benson. Quiero saber quién es.
—Lo siento, senador, pero no puedo hablar de mí.
—¿Por qué no?
—Tengo razones personales para no hablar acerca de mi persona, señor Garrett. Sólo le puedo asegurar que no tengo nada que ver con el secuestro de su hija.
—Su silencio me obliga a pensar que no estoy equivocado.
—Es asunto suyo, senador.
—Señor Benson —dijo Frank Garrett con voz grave—, estoy dispuesto a tratar con Los Bucaneros. Pagaré lo que me pidan por

salvar a mi hija, pero debo recordarle que no soy un hombre de fortuna ilimitada.

—No hace falta que me aclare eso.

—Debo aclararlo, porque sigo dudando de usted.

John Benson se encogió de hombros.

—Pierde el tiempo. Pero, si el hablarme de su fortuna personal le tranquiliza, puede continuar.

—La casa en que vivo en Washington es arrendada. Sin embargo, tengo una casa de la que soy propietario en Darlington City. Puede valer unos quince mil dólares. En mi cuenta corriente tengo actualmente una suma alrededor de ocho mil dólares. Eso es todo, señor Benson. Si usted tiene que ver con Los Bucaneros, le pido que tengan en cuenta esa cifra. Estoy dispuesto hasta a vender mi casa. Les daré todo mi dinero, con una sola condición: la de que mi hija no sufra el menor daño...

—Le repito que...

—No, no hace falta que lo repita, señor Benson. Ya sé cuál es su posición. Usted no tomó parte en el secuestro de Elizabeth.

—Así es.

—Sin embargo, no he tenido más remedio que aclarar las cosas por si me miente. Ya no tengo nada que hacer aquí. Hasta la vista.

John Benson no retuvo más al senador.

Lió un cigarrillo y lo fumó pensativo, paseando por el camarote. Finalmente, apretó el cigarrillo en un cenicero, terminó de vestirse y salió de allí.

Fue al salón de juego. Algunas mesas estaban ocupadas por hombres que ventilaban partidas de póquer, de faro.

Fue a una de las de póquer, y puso la mano en el hombro de un joven rubio, que levantó la cabeza.

—Ah, hola, Benson.

—Quiero hablar contigo, Kirk.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Está bien. Perdónenme, caballeros. Vuelvo en seguida.

Benson y el rubio llamado Kirk fueron al bar, que estaba al fondo.

Llegados al mostrador, Benson pidió sendos whiskys.

El rubio tenía cara de ojos vivaces, muy claros, pómulos altos y

mejillas hundidas.

No rompieron el silencio hasta haber bebido un trago.

—Está bien, Benson —dijo el rubio—. ¿Qué pasa, John?

—Tú formas parte de Los Bucaneros, Kirk, la pandilla que ha secuestrado a la hija del senador Garrett. Quiero que abras ahora mismo la espita o te saco el hígado por la boca.

CAPITULO VIII

—¿De qué me hablas, John?

—No te hagas el despistado. Sabes perfectamente a qué me refiero. ¿O me vas a decir que no conoces al senador Garrett?

—Claro que lo conozco.

—Y también sabes que viaja en este barco.

—También sé que viaja en el *Delfín Verde*. ¿Crees que podría olvidarlo? Constantemente estoy oyendo el nombre del senador.

—¿Y no has oído el de su hija?

—Dicen que es muy bonita.

—¿No crees tú que es bonita?

—No puedo juzgar puesto que nunca la vi.

John bebió el resto del whisky de su vaso, y luego, mirando a Kirk, cerró el puño y se golpeó contra la palma de la otra mano.

—Kirk, sé que estás metido en la mayoría de los negocios sucios que se organizan desde Nueva Orleáns hasta San Luis, pasando por Memphis y otros lugares.

Kirk se echó a reír.

—John, ¿por qué piensas tan mal de mí?

—Por tus actos...

—Eh, ¿qué te he hecho yo?

—En Daytona vendimos dos docenas de caballos Trataste de embolsarte todo el dinero.

Kirk se tocó el maxilar.

—Fue un malentendido que me costó casi la dentadura, y eso me recuerda que un día me tienes que conceder el desquite.

—Ahora —dijo John.

Kirk se miró el traje que llevaba puesto.

—Acabo de comprar estos metros de tela. Es de lo mejor. Ya lo ves, chaleco floreado, pantalones estrechos y chaqueta de cuatro botones, como un almirante. Puro paño inglés. Es la vestimenta menos adecuada para que tú y yo ventilemos una pelea. Ya te avisaré cuando esté en traje de faena.

—Fuera bromas,

—Eso digo yo, John, fuera bromas. ¿Qué es lo que tratas de decirme?

—Unos que se hacen llamar Los Bucaneros raptaron a la hija del

senador.

—¡No!

—Tú eres uno de Los Bucaneros.

—John, por lo que más quieras, puedo ser un tipo desaprensivo, como tú quieres dar a entender, pero ¿desde cuándo secuestro a jovencitas?

—¿Cómo sabes que es jovencita?

—Oí decir que la chica tiene diecisiete años como diecisiete soles.

—Si me la estás jugando otra vez, no me voy a conformar con aflojarte unos dientes.

Kirk exhaló el aire de sus pulmones.

—Empecemos por el principio. ¿Qué interés tienes en el asunto, John?

—Te lo contaré.

Benson le contó los pormenores relacionados con Elizabeth Garrett y Monique Darcel.

Cuando John terminó, Kirk dijo:

—Eh, John, ya tengo ganas de conocer a Monique.

—¿Por qué a Monique?

—Porque entre Elizabeth y la francesa, creo que la francesa es mucho más interesante. Me pirro por las francesas. Son sensacionales.

—Kirk, estás agotando mi paciencia. No te apartes del asunto principal.

—Está bien, gran hombre. Ahora sé de qué se trata y te lo diré con todas las palabras. Ni una más ni una menos —Kirk hizo una pausa y agregó—: No sé nada del secuestro de la señorita Garrett. No tengo nada que ver con Los Bucaneros. Soy tan inocente como una paloma.

—De acuerdo. Te voy a creer.

—Gracias.

—Pero si me engañas, prepárate, Kirk. Tus huesos y tu traje de puro paño inglés irán a parar al fondo del río...

Antes de que el rubio pudiese protestar de nuevo, John Benson dio media vuelta y abandonó la sala de juego.

Descendió al puente, en el que viajaba la clase que pagaba menos.

Fue hacia estribor y golpeó suavemente con la puntera de la bota a un hombre de unos cincuenta años, que dormía soltando silbidos.

El tipo despertó.

El tipo respondía al nombre de Jud Hunter.

—Ven acá, Jud. Quiero hablar contigo.

Jud se levantó rápidamente y fue con John hacia un lugar que estaba aislado, porque allí no dormía nadie.

—¿Qué pasa, John? Dime que te persigue alguien y lo arrojaré inmediatamente al río.

Jud era tan alto como Benson, pero pesaba veinte kilos más. Se había ganado la vida como boxeador y cargando bultos. Lo suyo era el músculo, la fuerza.

—Jud, estoy en un apuro. Se trata de la hija del senador.

—¿Secuestrada?

—Eso es. Se trata de unos sujetos que se hacen llamar Los Bucaneros. ¿Los conoces?

—Claro que he oído hablar de ellos. Son piratas.

—Me temo que esta vez no tienen que ver con esa clase de bucaneros.

—¿Por qué no, si se llaman así?

—Porque probablemente eligieron ese nombre para confundir al senador.

—Oye, Benson, yo no sé nada de eso.

—Quise avisarte para que tuvieses los oídos y los ojos bien abiertos.

Benson sacó dos billetes de cinco dólares.

—¿Diez pavos? —exclamó Jud, agrandando los ojos.

—Sí, Jud. Quiero pagarte por adelantado, pero he de obtener resultados.

—Los tendrás, John. Ahora mismo me pongo a trabajar.

Jud Hunter cogió el dinero y lo hizo desaparecer en el bolsillo con un pase mágico.

—Jud, ten cuidado —dijo Benson.

—¿Gente peligrosa?

—Estoy seguro de que ensartan a un tipo y se quedan tan tranquilos.

—Entonces, pagaste poco.

—Te daré veinticinco dólares más si logras alguna información.

—De acuerdo.

—Mi camarote es el 66. En cuanto sepas algo, dímelo.

—Seguro, John.

—No trates de trabajar por tu cuenta. Ya te he dicho que esa gente está dispuesta a todo y no se parará en detalles.

—Cuenta con mi discreción. Ya sabes que no me gusta obrar por mi cuenta, especialmente cuando trabajo para un tipo como tú.

—Correcto, Jud. Hasta pronto.

John se alejó de Jud Hunter y se encaminó a su camarote.

Al abrir la puerta vio un papel en el suelo.

Lo recogió y, tras desdoblarlo, leyó su contenido, que decía así:

«Señor Benson, no le conviene meter las narices en algo que no tiene nada que ver con usted. Esta es la primera advertencia y la última. Si continúa tratando de ayudar al senador, se encontrará con un cuchillo en la espalda, o una bala le hará un agujero en su piel.»

La firma era la misma: «Los Bucaneros.»

CAPITULO IX

Monique sollozaba de bruces en el lecho de su camarote. Siempre se había tenido por una mujer fuerte porque la vida había sido, un poco cruel con ella. Pero nunca se había quejado. Todo lo que era lo debía a sí misma, a su constancia, a su voluntad.

Quizá había sido demasiado débil con Elizabeth, pero ¿de qué otra forma podía haber procedido con la hija del senador, dado el carácter de la muchacha?

¿No le había dicho Elizabeth que ella, Monique, era su rival con respecto a John Benson? Aquellas palabras resonaban en sus oídos con un amargo eco.

Cuando salió del camarote en busca de Benson, odiaba a aquel hombre. Sin embargo, ya había pasado un buen rato después de aquello. Había hablado con Benson y juntos soportaron el enfrentamiento con el senador y con el capitán Wilson. Benson se había puesto de su parte y eso era algo que ella agradecía mucho.

Aparentemente, Benson no tenía ninguna relación con Los Bucaneros, los secuestradores de Elizabeth. Pero ¿y si esa actitud de Benson sólo era eso, una apariencia, la interpretación de un actor? ¿Acaso Benson podía afirmar que él tenía que ver con Los Bucaneros? Oh, no, de ninguna forma. Tenía que negarlo siempre.

Otra vez la duda había mordido en su corazón.

Llamaron a la puerta.

—Adelante.

Era el senador Garrett. Ahora estaba solo, sin la compañía de su secretario Edward Pennys.

La joven se había dado mucha prisa en pasarse un pañuelo por los ojos antes de que la puerta se abriese.

Frank Garrett carraspeó:

—Señorita Darcel, vengo a cumplir un duro deber.

—Sé a lo que se refiere. Quiere prescindir de mis servicios.

—Celebro que sea tan comprensiva. Esta situación es muy enojosa para mí, señorita Darcel. Pero usted debe hacerse cargo. No sé lo que va a ocurrir con Elizabeth…

El senador tartamudeó, tratando de proseguir.

—No hace falta que se esfuerce para decir lo que está pensando —repuso Monique—:. Usted me considera culpable del secuestro de Elizabeth. Nunca debí dejarla ir sola.

—Eso es, señorita Darcel. Usted no cumplió con su obligación. En fin, no quisiera prolongar esta entrevista.

—Ya ha terminado por mí.

—Falta algo, señorita Darcel.

—¿Qué cosa?

—La cuestión económica.

—No se preocupe. No hay ninguna cuestión económica.

—Me gusta cumplir con lo pactado, señorita Darcel. Usted no tiene que preocuparse de nada hasta llegar a San Luis. He dado orden a mi secretario para que le abone dos mensualidades. Con ese dinero tendrá suficiente para llegar a Francia.

—Es usted muy generoso.

—Lamento que lo diga con esa jactancia.

—¿Y cómo quiere que lo diga, senador? Ya le he dicho que es usted injusto. Admitiendo que ha existido alguna negligencia por mi parte, yo no hubiese podido impedir que esos Bucaneros secuestrasen a su hija. Si no lo hubiesen hecho cuando su hija salió en busca de Benson, la habrían raptado más tarde.

El senador Garrett pareció aturdido tras las lógicas palabras de Monique.

—Sí, es posible, señorita Darcel. Pero lo cierto es que la secuestraron porque usted la dejó ir sola al puente en busca de un hombre a quien yo no conocía.

Un hombre del que acabo de recibir las peores noticias.

—¿A qué se refiere?

—A lo que me ha dicho el capitán Wilson acerca de John Benson.

—¿Qué le ha dicho?

—No hace falta que lo repita.

—Le exijo que lo diga. Tengo derecho, señor Garrett, puesto que pesa sobre mí una grave acusación.

—John Benson fue un capitán sudista durante la guerra de Secesión.

—¿Es eso alguna falta?

—Usted es francesa.

—Sí, soy francesa, pero conozco algo de la historia de su país, señor Garrett. Hace algunos años, ustedes sostuvieron una guerra civil, la Unión contra los Estados confederados. En nuestro país los dos bandos eran conocidos por otros nombres. Los yanquis y los sudistas. Y ganaron ustedes, los que representaban al Norte, los yanquis. Los vencidos tuvieron que arrostrar las consecuencias. Muchas familias se vieron obligadas a abandonar sus hogares, sus tierras. Puedo imaginar lo que significó para ellos.

—John Benson no pertenecía a esa clase de familias y me temo que tiene usted una idea equivocada con respecto a los vencidos.

—Corrí jame si me equivoco.

—No es momento. Estábamos hablando de John Benson.

—Muy bien. Fue capitán sudista, ¿y qué más?

—Mandaba una compañía de voluntarios que tenían un terrible sobrenombre.

—¿Qué sobrenombre era ése?

—Los Diablos de Georgia.

—Eso no quiere decir nada para mí. Durante la Revolución francesa muchos grupos de patriotas que luchaban por la libertad utilizaban esa clase de sobrenombres. En Burdeos hubo un grupo de soldados que se enfrentó con los ejércitos reaccionarios que trataban de invadir nuestro país y acabar con la revolución. Se llamaban Los Vengadores. En Grenoble se formó otra compañía de voluntarios que se enfrentó con un ejército austríaco muy superior en número. Esa compañía se llamaba Los Tigres. No quedó uno solo para contarlo. Pero el ejército austríaco se retiró. Por cada francés muerto, ellos sufrieron cincuenta bajas.

—Señorita Darcel, no hace falta que me hable de la Revolución francesa porque la estudié a fondo. Estoy de acuerdo con los ideales de los rebeldes, aunque no doy mi bendición a los excesos… Pero estábamos hablando de nuestra guerra civil y de Los Diablos de Georgia…

—¿Qué hicieron Los Diablos de Georgia que comandaba el capitán Benson?

—Llevaron a cabo una guerra a sangre y fuego.

—Le he preguntado acerca de los hechos. Todas las guerras son a sangre y fuego, especialmente las que tienen el carácter de guerras civiles.

—Muy bien, señorita Darcel. Se lo aclararé: Los Diablos de Georgia incendiaban casas y cosechas, exigían el pago de tributos de los pueblos que tomaban… Pero ocurrió algo más lamentable.

—¿A qué se refiere?

—A que John Benson fue un traidor.

—¿Un traidor por qué?

—Porque en un momento determinado abandonó a los suyos, a los sudistas, y se pasó al enemigo.

—¿A ustedes?

—Sí, a nosotros.

—¿Cómo sabe usted que fue un traidor?

—Le defiende con mucho entusiasmo.

—No, señor Garrett. Lo que ocurre es que estoy acostumbrada a pensar por mi cuenta. Ha pintado un cuadro de John Benson muy desagradable. Ha tratado de decir que fue un asesino.

—Parece que lo fue.

—Pero ¿y si no lo hubiese sido? No basta tener en cuenta los indicios; son necesarias las pruebas.

—Ya veo que es inútil hablar con usted acerca de Benson. Ese hombre le ha impresionado mucho. Tanto o más que a mi hija.

—Le prohíbo que diga eso, señor Garrett. Y en cuanto a la cuestión económica a que se refirió, renuncio a su indemnización. Cuando llegue a San Luis, desembarcaré No necesito su ayuda.

—Siento mucho que nuestra relación acabe de esta forma.

—Usted lo ha querido, señor Garrett, y permítame decirle que usted también me ha decepcionado mucho No lo creí tan obcecado. Comprendo que se trata de su hija y que su rapto ha quebrado sus nervios, pero usted, un hombre con su experiencia, debería haber salvado esta triste situación.

El senador ya no pronunció ninguna palabra. Abrió la puerta del camarote y salió.

Monique, al encontrarse a solas, cerró los puños con rabia.

CAPITULO X

—Edward, abandonaremos el barco en Baton Rouge —dijo el senador—. Si es verdad que mi hija fue sacada de aquí, no puedo seguir alejándome de ella.

—¿Se pondrá en contacto con el *sheriff* en Baton Rouge?

—¿Cómo puedes pensar en semejante idea? Pondría en peligro la vida de Elizabeth. No, no voy a ponerme en contacto con ninguna autoridad. He de esperar el nuevo mensaje de Los Bucaneros. Pagaré lo que ellos me pidan por salvar a Elizabeth.

En aquel momento se abrió la puerta del camarote sin previo aviso. Edward, que estaba más cerca, lanzó un grito.

El senador se volvió bruscamente y observó al hombre que había irrumpido en el camarote, un rubio de ojos vivaces.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Kirk Maury, senador, y vengo a ayudarle.

—¿Ayudarme a qué?

—A recuperar a su hija.

—Por lo visto, mucha gente sabe lo del secuestro de Elizabeth. ¿Cómo lo ha sabido usted?

—Tengo mis fuentes de información.

—¿No pertenece usted a la pandilla de Los Bucaneros?

—Oh, no, senador. Si yo perteneciese a la pandilla de los secuestradores, no me habría llegado aquí para ofrecerle mi revólver, mi inteligencia y otras cosas.

—Márchese, señor Maury.

—¿Qué le pasa, senador? Acabo de oír a través de la puerta que usted estaba dispuesto a pagar lo que le pidiesen los secuestradores por salvar a su hija. Eso quiere decir que no le importa el precio. Conmigo se va a ahorrar mucho dinero —el rubio sonrió satisfecho de su lógica—. Le interesa ya, ¿verdad?

—No, no me interesa lo más mínimo.

—Le devolveré a Elizabeth por cinco mil dólares.

El senador Garrett hizo un gesto de asombro.

—Habla usted con mucha seguridad, señor Maury.

El rubio sonrió.

—Desde luego, senador. Hablo seguro porque soy un tipo que sabe hacer bien las cosas.

—¿Dónde está mi hija?

—Todavía no lo sé, pero suponiendo que lo supiese, no se lo diría. Ya sabe, el negocio es el negocio.

—Señor Maury, si usted se pone a buscar a mi hija y falla, ellos podrían llegar a la conclusión de que yo le he contratado. ¿Y sabe lo que ocurriría?

—Que me matarían a mí.

—Sí, pero también le harían daño a Elizabeth. Fue lo que me dijeron en la primera carta.

—Nadie sabe que me estoy entrevistando con usted, senador. Quiero decir que yo no seré quien pregone por ahí que estoy a su servicio. Puedo trabajar con el máximo secreto para devolverle a su hija. ¿Lo entiende? Soy un aventurero independiente. En realidad, es mi profesión. Y apostaría a que alguno de los secuestradores conoce mi personalidad. Con ello quiero tranquilizarle con respecto a Elizabeth. Si yo tengo tan poca habilidad que me descubren y me atrapan, me darán plomo o algo peor; pero estoy seguro de que su hija no recibirá el menor castigo.

El senador Garrett titubeó unos instantes.

—No sé nada de usted, señor Maury.

—¿Es necesario que sepa tratándose de una emergencia?

El senador Garrett sacudió la cabeza.

—No, no me importa lo que usted haya sido o lo que sea.

—Gracias.

—Pero no le daré un solo dólar mientras no recupere a mi hija.

—Correcto.

—Y negaré ante quien sea que yo lo haya contratado.

—También estoy de acuerdo.

—Muy bien, señor Maury. Ya puede empezar su trabajo.

—Gracias, senador. Ha sido muy amable al recibirme.

Kirk sonrió al político y al secretario y salió del camarote.

Edward Pennys se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo.

—¿Cree que ha procedido bien al aceptar los servicios de ese hombre?

—No lo sé, Edward, no lo sé.

—El aspecto de Kirk Maury no me gusta nada. Se ve a las claras que es un aprovechado, un tipo capaz de pegar un cuchillazo a cambio de un dólar.

—Creo que exageras, Edward, y, después de todo, no podemos elegir mucho. No me importa quién me devuelva a mi hija. Lo importante es que Elizabeth esté pronto conmigo.

* * *

Elizabeth Garrett se volvió furiosa y pegó un mordisco en la mano que habían apoyado en su hombro derecho. El propietario de la mano, un hombre fornido, de cabello abundante y nariz chata, aulló:

—¡Maldita, te voy a romper esos dientes!

Un hombre que estaba sentado ante una mesa, haciendo un solitario con unos mugrientos naipes, alzó los ojos y dijo:

—Tranquilo, Bill, tranquilo.

—No te metas en esto, Mark.

—Tengo que meterme. El patrón dijo que la chica no debe sufrir daño.

—¿Por qué me ha mordido? ¿Por qué?

—No la toques, ¿lo entiendes, Bill? ¡No la toques!

Estaban en una cabaña a un par de millas del río.

Los dos hombres habían secuestrado a Elizabeth en uno de los puentes del *Delfín Verde*. Habían hecho un trabajo rápido. Bill, el fornido, golpeó a Elizabeth en la cabeza dejándola sin conocimiento. Finalmente, habían esperado quince minutos a que el barco tomase La Curva de la Muerte, un lugar del río en donde habían embarrancado no menos de una docena de embarcaciones. Llegados allí, se dejaron caer en el agua y entre los dos transportaron a Elizabeth hasta la orilla más cercana. Después, en una barca, ya fue fácil llegar cerca de la cabaña.

Mark era pequeñajo, con cara de asesino, ojos como dos trozos de hielo.

—No quiero jaleos, Bill.

—Muy bien. Date una vuelta por ahí.

—¿Para qué?

Bill corrió hacia la mesa, levantando el puño para estrellarlo contra la cara del pequeñajo Mark.

Este saltó con la agilidad de un ciervo joven, y ya tenía en la mano un cuchillo de resorte.

Bill frenó bruscamente.

Los dos se miraron a los ojos.

Mark se echó a reír. Fue una risa escalofriante.

—Anda, trata de pegarme, Bill. ¿Qué te pasa? ¿Ya has perdido toda la fuerza? Anda, ven aquí, muchacho.

Bill se mojó los labios con la lengua.

—Estoy nervioso. No sabía lo que hacía, Mark.

—¿Y ahora lo sabes, Bill?

—Sí, claro. Recuerdo lo que dijo el patrón. Que la chica no debe sufrir daño.

—Vaya, te ha vuelto de pronto la memoria.

Elizabeth saltó de la silla y echó a correr. Había vacilado unos instantes, pero ahora vio que los dos hombres estaban muy lejos y que podría llegar a la puerta y abrirla antes de que la atrapasen.

Lo logró y salió de la cabaña.

Mark ya estaba corriendo.

—¡Estúpido, la chica se escapa…!

Bill galopó detrás.

Salieron al exterior y vieron a Elizabeth que desaparecía entre los arbustos.

Bill lanzó una carcajada.

—¡Eh, muñeca, no vas a llegar muy lejos! ¡Esto va a ser muy divertido, Mark! Como jugar al escondite…

Elizabeth corría desesperadamente. Se dio cuenta de que estaba siguiendo un sendero que la llevaría al río. A ellos le sería fácil seguirla. No, no podía continuar por allí.

Se desvió saltando por entre los arbustos. Algunas ramas le hirieron las piernas, los brazos y le fustigaron la espalda.

De pronto tropezó en un tocón y cayó al suelo.

Se llenó de barro. Oyó que algo se deslizaba hacia la derecha y estuvo a punto de lanzar un grito porque era una serpiente; pero el ofidio huyó de ella.

Por fin pudo respirar de nuevo.

A lo lejos oyó las voces de sus perseguidores.

—Eh, Bill, no siguió por el sendero —dijo el pequeñajo Mark.

—¿Y por dónde fue?

—Tiene que haber dejado sus huellas. Mira por la derecha y yo por la izquierda.

Elizabeth se dijo que encontrarían sus huellas en aquella tierra blanda.

No podía quedarse allí,

—¡Eh, Mark! ¡Aquí están las marcas!

Ya habían descubierto el camino que seguía y echó a correr de nuevo.

Mark soltó su escalofriante carcajada.

La joven salió de la espesura y se encontró con una zona pantanosa. Algo se movió entre el cieno, un aligator, aquella especie de cocodrilo típico de Florida y Lousiana.

No podía retroceder, ni tampoco seguir adelante. Su camino estaba cortado. Corrió por la ribera de aquella poza de tierra cenagosa. Sus pies se hundieron hasta el tobillo; trató de sacarlos, pero se hundió más. Ya le llegaba el barro hasta los muslos. Dios mío, se iba a enterrar en aquella fosa sin fin.

Alargó las manos y logró atrapar una rama seca. Momentáneamente estaba a salvo, pero la rama se rompió y Liz se hundió hasta la cintura.

En ese momento, apareció en la orilla el grandullón Bill, que se detuvo riendo.

—Hola, paloma.

—¡Váyase al infierno!

—Tú eres la que te vas a ir al infierno si no te echo una mano.

—¡No quiero que me ayude!

—¿Prefieres morir, muñeca?

—Sí, prefiero la muerte a que usted me toque.

Mark surgió al lado de Bill.

—No, nena, no podemos dejar que mueras —dijo—. Para nosotros vales mucho dinero. Anda, Bill. Saquémosla de ahí.

Bill se tendió en el suelo y alargó los brazos.

Elizabeth forcejeó para no ser alcanzada y se hundió más, pero Bill la atrapó por el cabello. Ella dio un chillido. A continuación, el grandullón logró agarrarla por las muñecas. Lo demás fue fácil. Mark estaba preparado y ayudó a su compañero a sacar a la joven

de la ciénaga.

Elizabeth se tumbó en el suelo sollozando.

—¿Por qué no me han dejado morir? ¿Por qué?

—Ya he contestado a esa pregunta —dijo el rubio—. Tú eres un tesoro para nosotros. Vamos a la cabaña.

—¡No iré!

—Entonces, Bill te llevará en brazos.

—Estupendo —dijo Bill.

Ante tal alternativa, Elizabeth se apresuró a ponerse en pie, aunque se tambaleó.

—Puedo ir yo sola.

—Eso es lo que quería —rió Mark—. Pero cuando lleguemos a la cabana, ya no te escaparás.

—¿Qué van a hacer?

—Atarte a la silla. ¡Camina!

Cuando llegaron junto a la cabaña oyeron ruido en el interior. Mark se apresuró a sacar el revólver. Se puso un dedo en los labios para imponer silencio a Bill y a la joven y se fue acercando al hueco de la puerta.

Elizabeth gritó:

—¡Cuidado, un hombre va a disparar contra usted!

Se oyeron pasos en el interior de la cabaña y apareció en el hueco una mujer. Era Annie Creek *Ojos Dorados.* Sonrió triunfalmente y dijo:

—Hola, pequeña, hija de un senador.

CAPITULO XI

—¿Cómo van las cosas, Annie? —preguntó Mark.

Ya habían entrado en la cabaña y la joven había sido sentada en la silla y Bill la estaba atando.

—La mar de bien —contestó la rubia platino.

—¿Nadie sospecha de ti?

—Oh, no. Nadie. En Baton Rouge desembarcamos muchas personas. Unos cincuenta pasajeros. Naturalmente, entre ellos está el senador.

—¿Le enviaste la otra carta?

—Todavía no. Quiero que se cueza en su propio jugo.

—¿Cuándo se la mandarás?

—La recibirá dentro de un rato porque la eché al correo.

—¿Cuánto le pides?

—Os voy a dar la sorpresa.

—Anda, dilo. Ya tenemos ganas de escuchar música de la fina.

Bill ya había terminado de atar a Elizabeth y se acercó a su compañero.

Annie se había puesto un cigarrillo en los labios e hizo chascar los dedos hacia Mark, el cual encendió un fósforo y le acercó la llama.

Annie dio chupadas al cigarrillo y, mientras expulsaba el humo por la nariz, dijo:

—Voy a pedir al senador cien mil dólares.

Mark encanutó los labios y lanzó un silbido.

—¡Cien mil dólares! —exclamó, y se tambaleó como si hubiese recibido un puñetazo.

—Sí, compañero. Eso es lo que le he pedido al senador por recuperar a su linda muñeca.

Elizabeth gritó:

—¡Usted está loca! Mi padre no tiene cien mil dólares...

—Ya sé que no los tiene.

—Entonces, ¿por qué se los pide?

—Porque sé que los podrá reunir. Sí, querida, tu padre sacará los cien mil dólares por no perderte.

—Es usted una miserable.

—Yo soy todo lo que tú quieras, pero tu padre va a pagar los cien mil dólares. De eso puedes estar segura, aunque no todo van a ser pérdidas para él.

—¿Qué quiere decir?

—Que a cambio de los cien mil dólares, te recibirá a ti.

* * *

—¡Cien mil dólares! —exclamó Edward Pennys, el secretario del senador Garrett—. Eso es absurdo. Usted no puede pagarlos.

Frank Garrett tenía la carta en la mano. Era un mensaje corto.

«Prepare cien mil dólares. Es el precio del rescate de su hija. Mañana recibirá una nueva carta en donde se le indicará en qué lugar debe entregarlos. No se demore, señor Garrett, o su hija sufrirá las consecuencias.

»Los Bucaneros.»

El senador y Edward Pennys se habían alojado en el hotel Magnolia de Baton Rouge, y era allí donde había llegado la carta, repartida por correo normal.

—Lograré el dinero.

—¿De qué forma?

—Conozco a muchas personas en Baton Rouge. Me deben favores. Aquí están Philip Williams, Spencer Dintor y Charles Asburn.

* * *

El *Delfín Verde* permanecería atracado durante todo el día en el muelle de Baton Rouge. Descargaba la mercancía destinada a los comerciantes e industriales de aquella ciudad y cargaba otras con destino a los puertos que debía tocar en su camino hacia el Norte.

John Benson, en tierra firme, vio descender por la escalerilla a Monique Darcel, la cual llevaba una maleta en la mano.

—¿Nos deja ya? —preguntó, saliendo al encuentro de la joven.

—Sí. Acabé con el senador.

—¿Y qué va a hacer?

—Todavía no lo sé.

—¿No volverá a su país?

—De ninguna manera. Si volviese a Francia pensarían que estoy derrotada. Quiero buscar a Elizabeth.

—Usted no puede hacer nada.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Oiga, Monique, ya me estoy ocupando de ese asunto. Va a ser una buena chica. La acompañaré a un hotel. Conozco al dueño y usted estará allí hasta que yo termine mi trabajo.

—¿Tiene alguna pista?

—Todavía no, pero no tardaré en dar con ella.

La joven dio un suspiro.

—Bueno, lléveme a ese hotel. No conozco Baton Rouge.

El hotel se llamaba Canyon. Su dueño era Leigh Truve, un hombre simpático que exhibía una cicatriz en la mejilla derecha. Se puso muy contento al ver a Benson. Hablaron algo del pasado y por fin John» presentó a la joven. Poco después Monique y Benson se encontraban en la habitación número 44.

—Señor Benson —dijo Monique—, quiero advertirle contra el senador.

—¿Contra él? ¿Por qué?

—Tiene muy mala opinión de usted. Me habló de lo que hizo durante la guerra. Lo considera un traidor porque abandonó las filas del Sur por las del Norte.

—Bueno, eso no me importa.

La joven se quedó asombrada.

—¿No le importa lo que opinen de usted?

—En absoluto.

—¿Por qué se pasó a los del Norte?

—Porque yo había hecho la guerra como se debe hacer la guerra, y en un momento determinado, mi jefe ordenó que debíamos transformamos en terroristas, sin importarnos que las víctimas fuesen mujeres, ancianos o niños.

—¿Cómo le pudieron dar una orden tan horrible?

—Porque habíamos perdido la guerra y algunos locos pensaron que, llevando la lucha hasta sus peores límites, podrían lograr un cambio...

John Benson se echó a reír.

—¿Por qué se ríe? —preguntó Monique.

—Porque es la primera vez que explico mis actos durante la guerra.

—Entonces tengo que agradecérselo.

—Olvídelo.

—Señor Benson, ¿qué ha hecho desde entonces? Quiero decir, desde que terminó la guerra.

—Me dedico a los negocios.

—¿A qué negocios?

—A veces compro y vendo tierras. En otras ocasiones reúno caballos que transporto a los lugares donde alcanzan mayor cotización. Incluso he traficado con vinos y con cereales.

—¿Le gusta eso?

—Le aseguro que es fascinante. Me da oportunidad para conocer a mucha gente, que es tanto como conocer la vida. Cada persona es distinta de las otras. Me gusta estudiarlas sin que ellas se den cuenta.

—Es usted la mar de extraño.

—¿Por qué?

—Hablando con usted, al principio, llegué a la conclusión de que…

—Oh, sí, de que era un aventurero…

John sonrió de nuevo.

—Como usted quiera, Monique… Ahora he de marcharme.

—¿Adónde va?

—Otra vez al barco. Pagué a un hombre para que hiciese una gestión y todavía no me rindió ningún informe. No se mueva de aquí.

—Prométame que volverá pronto para darme noticias.

—Tenga por seguro que volveré en cuanto me sea posible.

Antes de que pudiese decir nada, John salió de la habitación.

Entonces, Monique se sintió otra vez poseída por una gran rabia.

CAPITULO XII

Jud Hunter estaba boca abajo, en la cubierta del barco, entre unas cajas de arenques. Uno de los marineros lo había descubierto. Tenía un cuchillo clavado en los omoplatos. El doctor del *Delfín Verde,* Ray Quaid, tras examinar el cadáver, dijo:

—Este hombre lleva muerto unas tres horas.

John Benson estaba entre el doctor y el capitán Wilson. Acababa de llegar al barco y, al ver el revuelo en aquel lugar, se acercó.

—Benson —dijo el capitán Wilson—, sé que Jud era su amigo.

—Lo era.

—¿Tiene su muerte algo que ver con usted?

—En cierto modo.

—Explíquese.

—Le hice un encargo. Que averiguase lo que pudiera acerca del secuestro de la hija del senador.

—No debió hacer eso. Era asunto mío y de la policía.

—Mi nombre fue puesto en entredicho, capitán, y decidí demostrar que el senador estaba equivocado.

—Pues vea lo que ha conseguido, que asesinen a Jud Hunter.

—Eso lo van a pagar. Se lo juro, capitán.

—Sería mejor que se estuviese quieto.

—No, capitán. Ni usted ni todos los policías me obligarían a estarme quieto —contestó John Benson y se apartó del capitán Wilson.

Subió por la escalerilla al primer puente y fumó un cigarrillo. Estaba nervioso. Jud era un buen hombre y él, John, indirectamente había sido el causante de su muerte.

De pronto alguien le siseó a sus espaldas.

Volvió la cabeza y vio a un hombre de sesenta años en el hueco de una puerta.

Benson acudió a su lado.

—Señor Benson, usted no me conoce. Soy Norman Ballard, amigo de Jud.

John entró en el corredor con Norman y cerró la puerta.

—Hable, Norman.

—Jud me dio un recado para usted antes de que le pasase eso.

Me dijo que usted debería ir a un local, El Grillo, y que allí estaba la solución del asunto.

—¿Qué más?

—No hubo tiempo para más, porque cuando se disponía a darme detalles, echó a correr. Yo me escondí y vi pasar a un tipo que me pareció que iba detrás de Jud y que fue el causante de que él se asustase.

—¿Cómo era ese hombre?

—Lo conozco, se llama Ben Whitey y es un ex boxeador. Mide casi dos metros y debe pesar más de cien kilos. Estoy seguro de que fue él quien acuchilló a Jud, pero no se lo he dicho al capitán, porque Jud me dijo que sólo hablase con usted.

—¿Alguna cosa más?

—Eso es todo. Bueno, vi que Ben Whitey desembarcaba apenas llegamos.

—¿Le acompañaba alguien?

—No. Iba solo.

John sacó dos billetes de cinco dólares, que entregó a Norman.

—No, no quiero que me pague.

—Tómelos. Me ha hecho un gran favor, Norman, y quiero que beba una botella de whisky en memoria de Jud.

—Caramba, eso sí que lo voy a hacer. A Jud y a mí nos gustaba mucho hablar de nuestras cosas con una botella por medio.

John Benson bajó del barco. Sabía dónde se ubicaba El Grillo, un local de esparcimiento, en donde también se jugaba. Su propietario era Tod Bally.

* * *

Tod Bally besó en la boca a Annie *Ojos Dorados.*

—Nena, has hecho un trabajo muy bueno.

—Ya te advertí que no te fallaría.

—¿Cómo está la chica?

—Atada a una silla en la cabaña. Con Bill y Mark.

—Ese bastardo de senador debe estar loco buscando los cien mil dólares —rió Tod Bally.

Frisaba en los treinta y cinco años de edad y era alto, rubio, de rostro bien parecido, ojos muy azules. Vestía un traje gris. Se hallaban en la oficina de El Grillo.

—¿Encontrará los cien mil? —dijo Annie.

—De eso no tengo la menor duda. Echará mano a sus amigos de Baton Rouge; pero lo más divertido vendrá después.

—¿No piensas entregarle a su hija?

—El senador recuperará a su muchachita. Es otra clase de sorpresa la que le espera.

—¿A qué te refieres?

Tod miró la ceniza del largo cigarro que estaba fumando.

—El senador va a ser mi socio.

—No te entiendo.

—Me dará los cien mil dólares y tendrá a su hija y otra cosa. El senador recibirá acciones por valor de cien mil dólares, acciones de mi sociedad que explota una veintena de locales a lo largo del río.

Annie abrió la boca y rió.

—Eso es digno del mismísimo diablo.

—No es la primera vez que me comparan con ese personaje.

—Creo que lo entiendo. De esa forma impedirás que el senador lleve a cabo su encuesta contra ti.

—El senador no podrá hacer nada contra mí, a menos que quiera hundirse él mismo. Recibirá las acciones, pero le obligaré a firmar un documento.

—Entonces ése fue el objeto del secuestro de su hija, convertir al senador en tu socio, y, de paso, limpiarle cien mil dólares.

—Sí, nena. Una doble jugada que podría ser triple si el senador tuviese a bien concederme la mano de su hija.

Annie se echó a reír.

—Si tú consiguieses eso, empezaría a creer en los cuentos de hadas.

—¿Qué tiene de particular? ¿No soy un hombre bien parecido?

—Sí, eres muy guapo —dijo Annie—. A decir verdad, eres fascinante, Tod.

—Y también soy uno de los hombres más poderosos del río.

—Yo diría que eres el más poderoso.

—Todavía tengo muchos rivales, pero si consiguiese la ayuda del senador, los barrería a todos. Cuanto más lo pienso, considero más interesante la idea de convertirme en el yerno del senador Garrett.

En aquel momento un hombre entró en la oficina.

—Señor Bally, hay alguien que quiere verle.

—¿Quién?

—John Benson.

Annie dio un respingo.

Bally la miró.

—¿Qué te pasa, nena?

—John Benson iba en el barco. Conocía a la hija del senador y a su institutriz, Monique Darcel.

—Y apuesto a que también hizo amistad contigo.

—Yo lo conocía de antes.

—¿Desde cuándo?

—Hace un par de años.

—¿Dónde os conocisteis?

—En Nueva Orleáns.

—Entonces está claro: Te ha seguido.

—No puede haberme seguido.

—¿Por qué no?

—Yo vengo de la cabaña. Benson se quedó en el barco y me aseguré muy bien de que nadie me seguía.

—Está bien. Escóndete.

—¿Lo vas a recibir?

—Claro que lo voy a recibir. No puedo negarme, y así sabré sus intenciones. He oído hablar de Benson, aunque no lo conozco personalmente. Es un tipo de cuidado. Luchó con el Sur y, cuando vio la guerra perdida, se pasó al otro bando. Maneja bien el revólver.

—Sí, Tod. Yo le he visto tumbar a dos tipos y lo hizo en menos tiempo que tardas en dar un suspiro.

—No me lo pongas por las nubes, y lárgate.

Annie abrió una puerta a la izquierda y desapareció.

Entonces Tod Bally hizo una señal a su empleado.

—Que pase John Benson.

CAPITULO XIII

Tod Bally dio una chupada al cigarro y expulsó el humo.

John Benson entró en la oficina y se dirigió a la mesa.

—¿Bally? —preguntó.

—El mismo, Benson. ¿Qué puedo hacer por usted? —Devolver a Elizabeth Garrett al senador.

Tod se disponía a dar otra chupada al cigarro y empezó a toser.

Benson, con mucha serenidad, dio la vuelta a la mesa y palmeó la espalda del dueño del garito.

—Vamos, vamos, señor Bally, no se ponga nervioso. Bally levantó la cara y sonrió a John.

—¿De qué cosa me hablaba?

—¿Es sordo?

—No.

—Entonces, no hace falta que lo repita.

—Es usted un insolente, Benson.

—Es lo que me dicen las pelirrojas.

Bally empezó a ponerse lívido.

—Señor Benson, no me cambie el sexo, no me lo cambie o sale de aquí convertido en una piltrafa.

—¿Y cómo me va a convertir en una piltrafa? ¿Quizá tiene una máquina especial para hacer salchichas?

—No tiene pelos en la lengua.

—No, no los tengo.

—Sin embargo, está errado.

—Eso también me lo han dicho.

—¿Las pelirrojas también?

—No, Tod. Los tipos a quienes golpeé la cara con el puño. Muchos estuvieron dispuestos a jurar que habían sido coceados por un mulo.

—Es usted muy modesto, señor Benson.

—Fuera chistes, Tod. Ahora estamos los dos solos. Llegó el momento de las confidencias.

—Perdóneme que no apoye mi cabeza en su pecho mientras le digo que estoy enamorado de la primera actriz del Metropolitan de Nueva York.

—No se dice primera actriz, sino *prima donna.*

—Disculpe, mis conocimientos musicales son muy cortos.

—Pero sus conocimientos acerca de los secuestros son muy largos.

—¿De dónde saca eso, Benson?

—De una pista.

—No le entiendo.

—Alguien me dijo que aquí encontraría el extremo del ovillo y empecé a tirar y a tirar y el otro extremo fue Tod Bally.

—Señor Benson, le voy a dar una sorpresa. No sé de qué me habla.

—¿No? Qué pena.

—Se ha referido a que la hija del senador Garrett ha sido secuestrada.

—Así es.

—No tengo nada que ver con eso, absolutamente nada. Yo soy un hombre de negocios, señor Benson. Muchas veces bordeo las leyes, pero procuro no cometer errores demasiado gruesos.

—Esta vez lo cometió.

—No, señor Benson. Se equivoca.

—¿Dónde está Elizabeth Garrett?

—¿Cómo quiere que le diga que no tengo nada que ver con ese rapto?

John Benson rodeó otra vez la mesa, deteniéndose ante Tod Bally. Lo apuntó con el dedo índice a la cara.

—Bally, si usted me engaña, si usted es el causante de la muerte de mi amigo Jud, si usted ha secuestrado a la hija del senador Garrett, le juro que no volverá a cometer otro delito.

—Márchese, Benson.

—Me voy a marchar porque ya terminé, pero recuerde lo que le acabo de decir.

Benson dio media vuelta y echó a andar, saliendo de la estancia.

Cuando su visitante desapareció, Bally pegó un puñetazo en la mesa.

Annie apareció, soltando una risita.

—¿De qué te ríes, estúpida?

—Fue una escena inolvidable.

—Sí, fue inolvidable para John Benson porque le queda muy

poco de vida. Ese estúpido no se dio cuenta de que aquí se estaba celebrando su juicio y yo soy el juez que lo va a sentenciar.

—¿Cuál es la sentencia, querido?

—Muerte.

* * *

John Benson no estaba seguro de la culpabilidad de Tod Bally. Se había dejado llevar por su instinto y por la pista que le había dado Jud.

Esa incertidumbre le había aconsejado adoptar aquella medida de entrar en el despacho de Tod Bally para sacarlo de sus casillas. Ahora debía esperar los resultados. Si Tod Bally era culpable, le mandaría a sus asesinos para liquidarle. Le había insultado hasta humillarle, hasta convertirle en un gusano, y sabía que Tod Bally no perdonaba a quien era capaz de hacer eso. Tenía buenas referencias respecto a la forma en que Tod Bally se libraba de sus enemigos.

Debía huir de las callejuelas, ya que en cualquier momento podría encontrarse con una bala y allí no tendría muchas oportunidades para defenderse. Primero había andado despacio para dar oportunidad a que lo siguiesen, pero ahora empezó a moverse muy aprisa porque se podía encontrar en una trampa mortal.

Cuando se encontró lejos de las callejuelas respiró aliviado! Había un *saloon* a la derecha.

Entró en el local, donde había mucho público. Logró abrirse paso hasta el mostrador, pidiendo un whisky a una rubia de grandes ojos azules, que le obsequió con una agradable sonrisa.

John Benson miró hacia la puerta y vio entrar a dos tipos. Llevaban la pistolera muy baja, lo cual le indicó que eran *gun-men.* ¿Irían por él? Si eran enviados por Tod Bally no tardaría en saberlo.

Los dos desparramaron la mirada por el *saloon* y se dirigieron al lugar en que se encontraba John.

Este tomó su vaso y bebió un trago de whisky.

De pronto, alguien golpeó fuerte su codo y el whisky se derramó, manchándole el pantalón.

Vio a uno de los tipos, cuya cabeza parecía la de una calavera.

—¿Se va a disculpar, amigo? —dijo Benson.

—No, no me voy a disculpar porque usted fue el culpable.

John ya no tuvo duda. Aquellos individuos le habían sido

enviados por Tod Bally. Formaban parte de su equipo de asesinos.

—Usted está bebiendo mal —dijo Cara de Calavera.

—¿Por qué dice eso? Bebía empinando el vaso.

—No me ha entendido. Su sitio, para beber no es éste, sino el abrevadero, y el abrevadero está en la calle, un poco más arriba.

John miró al compañero de Cara de Calavera. Era rechoncho, más bajo, de rostro inexpresivo.

—¿Cuánto les paga Tod Bally, amigos?

—No somos sus amigos.

—Les pregunté cuánto les paga Tod Bally.

—Treinta dólares al mes, pero hoy vamos a ganar más.

—Celebro oírles decir eso. ¿Y cuánto va a ser la ganancia extra?

—Cien por cabeza.

—Fueron tontos, muchachos. Debieron pedirle más a Tod Bally. Era demasiado riesgo.

Cara de Calavera se echó a reír.

—Eh, Dick, aquí tienes al Tragahombres.

Dick movió los labios, pero muy poco, y por entre ellos dejó escapar unas palabras.

—Benson, te voy a partir el corazón.

—Tendría que ser con una sierra.

—Con una bala.

—Ya tarda, enano.

El obeso no pudo resistir aquel insulto. Tiró del revólver.

Benson había tratado de conseguir que uno de ellos sacase antes que el otro. Y su estratagema había obtenido un éxito completo.

De su mano derecha surgieron tres llamaradas. La primera bala encontró en su camino la nariz chata del gordito. Cara de Calavera salió violentamente despedido porque recibió todo el plomo en el pecho.

El gordito aún vivía, pero había perdido el revólver al caer.

John se inclinó sobre él.

—¿Quieres algo para tu familia?

—Maldito seas, Benson... Me iba a casar mañana.

—Quizá sea mejor así. Tus hijos habrían estado muy descontentos de su padre.

CAPITULO XIV

Kirk Maury vio la cabaña entre la floresta. El corazón le golpeó fuerte contra el pecho. Se limpió el sudor de la cara y apartó los mosquitos que le picoteaban sin piedad desde hacía más de una hora. Sacó el revólver y echó a andar entre los arbustos.

Debía sorprender a los fulanos. Allí dentro tenía la oportunidad de su vida. Elizabeth Garrett valía cinco mil dólares para él. No sabía cuántos carceleros vigilarían a la chica. ¿Dos? ¿Cuatro? ¿Seis?

¿Por qué no había informado a Benson? Pero Benson le habría exigido la mitad de la recompensa, seguro, y cinco mil dólares era un pellizco más apetitoso que dos mil quinientos.

Lo solucionaría por sí mismo.

«Cuidado, muchacho. Vigila por la derecha y por la izquierda. Maldita sea, Kirk, deberías tener más ojos. Con dos no basta para cubrir este trozo de terreno. La cabaña fue construida en un claro, pero ahora ese claro se cubrió de arbustos. ¿Y si uno de los tipos está escondido tras ese árbol? Tranquilo, Kirk, tranquilo, recuerda que vas a ganar cinco mil dólares, pero si cometes el menor fallo nadie te va a ayudar. Absolutamente nadie.»

Claro que no iba a fallar. Estaba más cerca que nunca del más rico pedazo de tarta y nadie se la iba a quitar. Nadie.

—Quieto, muchacho.

La voz no había salido de su conciencia, sino de su espalda. Cerró los ojos y los volvió a abrir, deseando con todas sus fuerzas que fuese un sueño.

—Tira ese revólver.

No, no era un sueño. Un tipo estaba detrás de él. Maldita sea, ¿por qué no había ido en busca de Benson? Pero ya era demasiado tarde. ¿O no lo sería?

Se revolvió como una centella e hizo un disparo hacia el lugar en donde había oído la voz dos veces.

Con gran sorpresa no vio a nadie.

Oyó una carcajada a la izquierda y disparó hacia allí, pero no dio en el blanco porque otra vez había disparado sobre el espacio vacío.

Oyó un estampido a la izquierda y algo al rojo vivo le abrasó la carne del costado. Lanzó un grito, dejó caer el revólver y se

desplomó.

—¡No dispare...! ¡No dispare más! —exclamó.

Por entre la floresta se dejó ver un tipo alto que manejaba un pesado «Colt» 44.

Se detuvo ante Kirk y rió por la bocaza.

—¿Quién eres tú, lagarto?

—Kirk Maury.

—¿Qué viniste a hacer aquí?

—Soy un cazador.

—¿Un cazador de qué?

—De patos salvajes.

—Por aquí no hay patos salvajes.

—Eso quiere decir que me confundí de camino.

—Prueba otra vez, lagarto.

Kirk se llevó la mano al costado y sintió un escalofrío al verla manchada de sangre.

—Eh, usted me hirió.

—Te herí porqué tiré a dar.

—Me estoy muriendo.

—Lo debiste pensar antes.

—Necesito un doctor...

—Por aquí hay un brujo indio, un seminola. Dicen que cura con la mirada. ¿Quieres que lo llame?

—Necesito un doctor de verdad.

Bill, que era el que había disparado contra Kirk Maury, rió otra vez.

—Oye, Maury, estás haciendo unos buenos chistes. Vienes aquí, te entrometes en la vida de los demás, y ahora quieres un médico para que te cure esa herida.

—Usted es un ser humanitario. Todo ha sido un accidente. Ya se lo he explicado.

—Sí, claro. Viniste en busca de patos salvajes, y para eso se necesita una escopeta y tú llevas un «Colt».

—La escopeta la dejé en la barca.

—¿Qué barca?

—La que está a la orilla del río.

—Conque viniste en una barca, ¿eh? Yo te voy a contar el resto, Maury. Viniste en busca de la hija del senador.

—¿Qué hija del senador?

Bill le pegó una patada en el costado herido.

Kirk Maury rodó por el suelo lanzando un aullido de dolor. Cuando volvió a quedar boca arriba, respiró entrecortadamente.

—No me pegue más o me matará.

—¿Qué quieres que haga contigo?

—No comprendo nada. Le repito que todo fue una confusión.

—Eres un estúpido, Kirk, un completo estúpido… Viajabas en el *Delfín Verde.* Yo te vi allí. Me di una vuelta por el salón de juego. Manejabas los naipes en una mesa de póquer. Cometiste un error al decir que no sabías nada de la hija del senador. Al ser viajero, debiste admitir que estabas al corriente y pudiste habérmela pegado. ¿Lo ves, muchacho? No se puede ir con mentiras. Dan muy mal resultado en la vida, y ya han dado mal resultado para ti. Kirk.

—Muy bien. Vine en busca de la hija del senador.

Kirk decidió admitir eso porque no podía oponer nada, si Bill lo había visto en el salón de juego del *Delfín Verde.*

—Hay otro tipo que está al corriente —agregó.

—Mientes.

—Juro que no.

—¿Quién es el tipo, Kirk?

—John Benson.

Bill guardó silencio porque desde aquel momento estuvo dispuesto a admitir que Kirk Maury decía la verdad. ¿No era John Benson el que se había mezclado en aquel asunto, que trataba de rescatar a Elizabeth

Garrett como el héroe romántico de una novela sentimental?

—¿Dónde está Benson, Kirk?

—No lo sé.

Bill le pegó otra patada, y Maury aulló como un perro.

—Anda, Kirk, seguro que ya recuperaste la memoria.

Kirk no podía contestar porque se había quedado sin aliento. Un sudor frío le cubría de pies a cabeza.

—¿No me has oído, Kirk? Quiero saber dónde está Benson.

Maury movió la cabeza en sentido afirmativo para indicarle que estaba conforme. Naturalmente, diría otra mentira porque no sabía dónde estaba Benson.

Se quedó en la barca.

—¿En qué parte del río está la barca?

—Muy cerca de la vuestra.

Kirk oyó pasos y vio aparecer a otro hombre. Era un tipo rubio, pequeño, con ojos que parecían dos trozos de hielo.

—Ya veo que hiciste buena caza, Bill.

—Este es el pájaro, Mark.

—Demasiado grande.

—Le pegué un balazo en el ala izquierda y el pobre se abatió.

—¿Qué vino a hacer?

—Trató de pegármela diciendo que era un cazador de patos salvajes, pero ya cantó parte de la historia de su vida. Vino con Benson.

—¿Con Benson?

—Sí. Dice que Benson se quedó en la barca.

—Esto no me gusta nada.

—A mí tampoco, Mark. Pero yo me voy a ocupar de Benson. Llévalo a la cabaña y enciérrale con la muchacha. Yo sorprenderé a Benson. Es el más peligroso.

Kirk Maury gimió:

—Oiganme los dos. Me estoy desangrando... Si no me ayudan me moriré.

Bill soltó una risotada.

—Anda, llévatelo, Mark. Nadie lo mandó venir aquí. Oblígale a ir hasta la cabaña mientras yo me ocupo de Benson.

CAPITULO XV

El senador Garrett había recibido ya los cien mil dólares y la carta de Los Bucaneros en donde le daban instrucciones para la entrega del dinero.

«Debe estar a las nueve de la noche en el lugar conocido por Las Tres Cruces, una bifurcación de caminos, cinco millas al este de Baton Rouge. No vaya acompañado. No avise a nadie. Tenemos medios para saber si ha cumplido todos los requisitos. Si nos tiende una celada, su hija lo pagará.

»Los Bucaneros.»

El secretario Edward Pennys dijo:

—Senador, creo que todo se podría arreglar.

—¿De qué forma?

—Estoy seguro de que el *sheriff* de Baton Rouge se hará cargo de las circunstancias y montará un servicio especial para este caso. Quiero decir que nadie se dará cuenta de que es usted seguido por las autoridades.

—No, Edward, jamás haré eso. Pagaré el rescate. Sólo quiero recuperar a Elizabeth. Seguiremos al pie de la letra las instrucciones que hemos recibido.

Edward Pennys dio un suspiro, conformándose con la decisión de su jefe.

* * *

Monique estaba tendida en la cama de su habitación pensando en todo lo que había ocurrido desde que Elizabeth y ella conocieron a John Benson en Nueva Orleans. Resultaba curioso. Hasta entonces su vida se había desarrollado con toda normalidad sin que hubiese lugar para la aventura, y de pronto todo cambiaba.

Llamaron a la puerta.

—¿Señorita Darcel?

—Sí, soy yo.

—Mi nombre es Luke Martin. Me envía el señor Benson.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no viene él?

—Le han herido, señorita Darcel.

Monique abrió la puerta y vio en el corredor a un hombre de talla mediana, moreno.

—¿Cómo hirieron a Benson?

—En un duelo, señorita Darcel. En un *saloon* llamado La Espuela.

La joven se apretó las sienes con la mano.

—¿Dónde le hirieron?

—En el pecho.

—Dios mío, ¿está grave?

—Sí.

—¿Dónde está?

—En el Hospital de San Vicente. Quiere que vaya usted a verle.

—En seguida —dijo la joven.

Cogió un abrigo y salió rápidamente de la habitación.

—Cuando usted quiera, señor Martin.

Bajaron la escalera y, ya en la calle, Luke Martin señaló un carruaje.

—Suba, señorita Darcel.

El cochero les dirigió una mirada indiferente.

Martin se sentó junto a Monique. En seguida emprendieron el viaje.

Monique cerró los ojos y murmuró una oración por John Benson. Ahora se dio cuenta de la importancia que tenía John para él. Elizabeth no se había equivocado al considerarla cómo una rival. Sí, debía confesarlo. Aquel hombre le importaba mucho, y quizá le había importado desde el principio, cuando le conoció en El Camaleón Dorado.

Miró por la ventanilla y se dio cuenta de que habían dejado atrás las casas. Empezaba a ver algunos trozos de ciénaga. Le extrañó que por aquellos lugares tan inhóspitos, donde pululaban millones de mosquitos, estuviese ubicado un hospital. Miró al hombre que estaba a su lado.

—¿Dónde está el Hospital de San Vicente?

—Un poco más adelante.

—Me parece raro.

—Usted nunca estuvo en Baton Rouge.

—¿Quién se lo dijo?

—John Benson, recuerde, por eso me mandó por usted.

Monique decidió esperar.

Recorrieron una milla y luego otra y el paisaje fue empeorando. En un momento determinado vio uno de aquellos caimanes sobre el agua fangosa.

—Señor Martin, quiero volver a Baton Rouge.

El hombre la miró con expresión divertida.

—¿Por qué quiere volver a Baton Rouge?

—Para saber dónde está el Hospital de San Vicente.

—Yo mismo se lo puedo decir. El Hospital de San Vicente está justamente en el lado opuesto al que ahora nos encontramos.

—Señor Martin, quiero salir inmediatamente de aquí.

—No le conviene.

—Permítame que sea yo quien decida eso.

—No, no puedo consentir que lo decida usted.

—Pero ¿qué significa todo esto, señor Martin?

—¿Usted qué cree? —dijo Luke, enseñándole unos dientes muy grandes, como paletas.

—He sido secuestrada como Elizabeth Garrett.

—Bravo, señorita Darcel.

—¿Por qué me han raptado?

—Yo soy un hombre que trabaja bajo órdenes.

—Señor Martin, quizá no sepa usted las últimas noticias.

—¿A qué se refiere?

—A que ya no trabajo para el senador Garrett.

—Qué pena.

—Es cierto. Me despidió.

—Eso ya lo sabemos.

—¿Lo saben y me han raptado?

—Claro.

—Entonces, debe haber una razón que lo justifique.

—Es la mar de sencillo.

—Señor Martin, le exijo que se explique.

—Mire, señorita Darcel. Su amigo, el señor Benson, se ha puesto a hacer de las suyas... Entró en el despacho de mi jefe y organizó

una por todo lo alto. Lo llamó de todo, lo insultó. ¿Y sabe lo que hizo mi jefe? Ordenó su muerte.

—¡No!

—Sí, querida, mi jefe mandó a dos especialistas con el revólver contra su amigo John Benson. ¿Y qué cree que pasó? Pues que Benson se cargó a los dos fulanos. Así, como quien bebe agua, y luego se marchó tranquilamente del local de esparcimiento donde sobrevino el duelo. Ahora no sabemos dónde está. Mi jefe pensó que volvería a su oficina para fanfarronear e hizo los preparativos para una buena recepción. ¿Y qué pasó entonces? Que el señor Benson no se presentó y en estos momentos no sabemos dónde pueda hallarse. ¿Se da cuenta? Nuestro jefe pensó con el cerebro. Es un tipo inteligente. Llegó a la conclusión de que tenía que echar mano a un arma contra Benson… Nosotros sabemos muchas cosas de ustedes. Todo lo que pasó en el barco, y que Benson se había ocupado de usted, de llevarla a ese hotel. Sume dos y dos. Usted y Benson se han enamorado.

—Es la mayor tontería que he oído en mi vida.

—Sin embargo, cuando yo le dije a través de la puerta que Benson estaba herido, usted abrió sin hacer más preguntas. ¿Por qué? Porque usted temía por la vida de Benson —Luke Martin soltó una risita de conejo—. Es duro, ¿eh, señorita Darcel?

La joven se estaba preparando desde hacía rato y ahora puso en práctica su plan. Pegó un puñetazo en la cara de Martin. Quería sorprenderlo y lo consiguió.

Martin recibió el golpe en las narices y se venció a un lado mientras lanzaba un grito de dolor.

Entonces Monique abrió la portezuela y saltó del vehículo. Aunque éste no iba muy rápido, la joven perdió el equilibrio al tocar el suelo y cayó. Por fortuna, la tierra era blanda.

El cochero no se había dado cuenta de lo ocurrido y prosiguió su camino.

Monique echó a correr, retrocediendo hacia Baton Rouge.

Oyó a Luke Martin que estaba insultando al cochero.

El vehículo dio rápidamente la vuelta.

Monique comprendió que pronto sería alcanzada.

Saltó por entre los arbustos, pero se detuvo al ver a un aligator que la estaba esperando con la boca abierta.

La joven dio un chillido.

Volvió la cabeza y descubrió que Martin ya estaba corriendo hacia ella.

La joven buscó un arma y encontró una rama bastante gruesa, que agarró con las dos manos.

—Si se acerca a mí le aplasto la cabeza, señor Martin.

Luke se detuvo, respirando entrecortadamente. De sus narices goteaba sangre, que había manchado su camisa.

—Vuelva al coche conmigo, Monique.

—Va a volver su tía.

—Si la dejase aquí, se perdería.

—Gracias por preocuparse de mí, señor Martin, pero sabré arreglármelas.

—Es usted una ingenua si cree que puedo dejarla. Recibí la orden de llevarla al lado de mi jefe.

—¿Quién es su jefe?

—Todo un caballero. Sí, señorita Darcel, un hombre muy correcto que sabe tratar a las mujeres de su categoría. Usted se sentirá muy feliz.

—El sólo quiere matarme.

—No. Sólo quiere tenerla a su lado para que Benson se esté quieto.

—No me va a convencer, señor Martin. Lárguese.

—Como usted quiera —dijo Luke y empezó a volverse.

De pronto saltó sobre Monique.

Esta bajó el palo, pero falló el golpe y golpeó en la tierra.

CAPITULO XVI

Elizabeth estaba sentada en una silla en la cabaña. Miró a Kirk Maury, que yacía en el suelo.

—Ese hombre se está muriendo, Mark.

—Por mí se puede morir cuando quiera. Nadie le invitó a venir aquí.

—Suélteme y yo misma me ocuparé de él.

—Nada de eso. No queremos correr más riesgos.

—Le prometo que no me escaparé.

—Tus promesas no me sirven para nada.

Bill entró en la cabaña. Estaba sucio de barro hasta media pierna. Su cara tenía una expresión salvaje.

—Este bastardo nos engañó, Mark.

—¿No vino Benson con él?

—No, no vino.

—¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro. Examiné bien su barquita y los alrededores. No encontré más huellas que las de este pobre estúpido.

—Mejor para nosotros.

Bill echó a andar hacia Kirk.

—Quiero que me digas la verdad. ¿Vino Benson contigo, lagarto?

Kirk estaba muy pálido, cada vez lo estaba más porque perdía sangre.

—No, no vino conmigo.

Bill iba a atacar a Kirk cuando Mark gritó:

—¡Espera, Bill! ¡Viene alguien!

Bill dejó el brazo quieto y, tras un titubeo, corrió hacia la puerta.

Mark ya tenía el revólver en la mano.

Bill, después de observar el exterior, volvió la cabeza y sonrió.

—Es Luke Martin y trae a la otra chica.

—Caramba, esto se va a poner bien para un baile —rió Mark.

Bill se apartó y entró una mujer dando trompicones. Elizabeth se quedó asombrada al ver quién era.

—¡Monique!

—¿Te han hecho daño, Elizabeth?

—Por ahora muy poco.

—¿Por qué te ataron?

—Traté de escapar.

Monique miró al hombre que yacía en el suelo.

—¿Quién es, Elizabeth?

—Kirk Maury, un amigo de John Benson.

Martin había entrado detrás de Monique y soltó una risita.

—Ya tenemos el equipo casi completo.

—¿Y el jefe? —preguntó Bill.

—Vendrá luego. A su hora.

Elizabeth preguntó:

—Monique, ¿por qué te cogieron?

—Según dicen, para asegurarse de que John Benson no dará un paso más adelante.

—¿Cómo está mi padre?

—Bien.

El recién llegado, Luke Martin, lanzó una carcajada. —Anda, francesita, dile que el senador te despidió. —¿Hizo eso, Monique? —inquirió Elizabeth.

Monique hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Entiendo. Papá te considera culpable de lo que pasó. ¿No le dijiste que trataste de evitar que fuese en busca de Benson?

—Sí, se lo dije, pero no lo tuvo en cuenta.

—Qué injusto ha sido contigo.

—No te preocupes. Las cosas han venido así.

Kirk Maury gritó:

—¡Quiero un doctor! ¡Quiero un doctor!

Parecía que deliraba.

Monique se acercó a él y examinó la herida.

—¿Cuándo recibió la bala este hombre?

—Hace un buen rato —le contestó Bill.

—¿Por qué no lo han socorrido? Oh, sí, claro. No debo preguntarlo... Son hombres sin conciencia.

—Oiga, muñeca, no ha venido aquí a insultar a nadie.

—Quiero curar a este hombre.

—Tampoco vino aquí para hacer de enfermera.

—No lo pueden dejar morir como un perro.

—Está bien. Entonces lo dejaremos así.

—No me gusta que nadie me dé lecciones y menos tú, rata de cloaca.

—Cuidado, Mark. Te soporté en tiempos pasados y ésa fue la razón de que me distanciase de ti. No vuelvas a empezar.

—Miren a la rata que habla. El muchacho ha hecho un trabajo y se cree el mandamás.

—No me creo nada, Mark.

Monique aprovechó aquella discusión para llevar un vaso de agua a los labios de Kirk Maury.

—Gracias —dijo Maury después de beber hasta la última gota—. Lo necesitaba.

—¿Sangra la herida?

—No. Ya ha dejado de sangrar. Bueno, creo que no me queda sangre en las venas.

—Le voy a hacer un vendaje.

Bill intervino:

—Aquí no hay vendas.

—Utilizaré su propia camisa —le contestó Monique—. Pero hav que lavarla antes.

—Nadie va a lavar la camisa.

—Es usted un miserable.

—Yo soy todo lo que tú quieras, muñeca, pero también soy el que manda en esta cabaña hasta que llegue el jefe, y se hará lo que yo ordene.

* * *

John Benson entró en el hotel Canyon.

—Eh, señor Benson, ¿busca a la chica que trajo? —preguntó el dueño, que estaba en el registro.

—Sí.

—Se marchó.

John sintió un escalofrío en la espalda.

—¿Con quién se marchó, Leigh?

—Con un tipo a quien vi por primera vez. Ella iba muy nerviosa.

Benson se acercó al mostrador y levantó el puño.

—Debería romperte la cara, Leigh.

—¿Por qué, John?

—Porque a la chica se la llevaron contra su voluntad.

—Lo siento, pero yo no podía suponer nada.

—No, tienes razón, y quizá el más culpable sea yo.

Benson salió del hotel y se dirigió al Magnolia, en donde se hospedaba el senador Garrett.

Cuando llamó a la puerta de la *suite* que ocupaba el senador, le abrió el secretario de éste, Edward Pennys.

—Quiero hablar con Frank Garrett.

—Lo siento, pero el senador ha suspendido todas las visitas.

—A mí me recibirá. Dígale que vengo a hablar de su hija.

El senador, que había oído aquellas palabras, ya se estaba dirigiendo a la puerta cuando Benson entró.

—¿Qué quiere decirme de mi hija, Benson?

—Que he descubierto la personalidad del jefe de Los Bucaneros. Es Tod Bally.

El senador apretó los puños.

—¿Cómo no pensé que ese canalla tenía que estar de por medio? Debo entregarle cien mil dólares como precio del rescate.

—Pero hay algo extraño, senador Garrett.

—¿A qué se refiere, Benson?

—¿Por qué Tod Bally va a querer sacarle a usted cien mil dólares? Su profesión no es el secuestro y, suponiendo que se hubiese decidido a raptar a alguien, pudo elegir como víctima a alguna de las muchachas que viven por aquí, en Baton Rouge, y cuyos padres tienen más dinero que usted.

—No he tenido tiempo para pensar en eso. ¿Adónde quiere ir a parar?

—A que tengo la impresión de que Tod Bally busca otra cosa.

—¿A qué se refiere?

—Aún no lo sé. Pero la situación es muy mala para nosotros. Monique Darcel también fue secuestrada.

—Oh, no.

—Sí, senador, la sacaron del hotel en donde yo la dejé.

—Pero ¿por qué?

—Porque me he acercado demasiado a Tod Bally. Me entrevisté con él en la oficina de El Grillo para amenazarlo. Mi treta dio resultado. Dos hombres intentaron matarme. Estaban al servicio de

Tod Bally. He querido pensar con la mente de Bally y he llegado a la conclusión de que secuestró a Monique para pararme los pies. Bally se ha enterado de que la chica me interesaba, que traté de ayudarla cuando usted la despidió.

—Yo soy el responsable de esto, pero Tod Bally nos tiene en sus manos. No podemos hacer nada contra él, señor Benson.

—Quizá sí. ¿Dónde tiene que entregar el dinero?

—Dentro de media hora en un lugar denominado Las Tres Cruces.

—Yo iré con usted.

—Eso no puede ser. Lea la última carta que recibí y se dará cuenta de que debo ir personalmente.

CAPITULO XVII

Monique dijo:

—Este hombre acaba de morir.

Bill se agachó sobre Kirk y le tomó el pulso.

—Es cierto. Está muerto. Pero no te preocupes, muñeca. En seguida lo saco de aquí.

—¿Dónde le va a enterrar?

—Este lugar es bueno como cementerio. Echas un cadáver sobre la tierra y desaparece.

—No haga eso.

—Tengo que hacerlo, nena. Yo maté a este muchacho y no querrás que se lo mande al *sheriff* de Baton Rouge con portes pagados. Además, él está muerto y no se va a enterar del lugar en que descansa.

Bill cogió a Kirk Maury y se lo cargó al hombro, saliendo de la cabaña.

Elizabeth se puso a sollozar.

—Son ustedes unos criminales.

Mark se le acercó.

—No me toque, maldito —dijo Elizabeth.

Mark retrocedió furioso y fue a abofetearla, pero Monique se puso entre él y Elizabeth.

—Quítate de ahí, francesa —dijo Mark.

—No le pegue.

—Conque quieres ser tú la que mandes, ¿eh?

—Sólo quiero que se comporte bien con una mujer.

—Yo te voy a enseñar a ti —dijo Mark y le soltó un bofetón.

Entonces ocurrió lo increíble. Monique burló la mano de Mark y, atrapándole por la muñeca, tiró haciendo palanca con el brazo varonil.

Mark pegó una voltereta, impulsándose para impedir que su brazo se rompiese.

Pegó un tremendo golpe con las espaldas en el suelo y toda la

cabaña se estremeció.

Luke Martin soltó una risotada.

—Eh, Mark, yo pude con ella, pero tú no.

Mark había quedado conmocionado.

Monique había retrocedido de nuevo junto a Elizabeth.

Mark se levantó y sacó el revólver. Lo hizo con gran rapidez. Estaba apuntando a Luke Martin y su boca estaba torcida, con un gesto infrahumano, mientras sus ojos despedían llamaradas.

—Eh, Mark, ¿qué vas a hacer? —dijo Luke con voz temblorosa.

Mark rió.

—¿Tú qué crees, Luke?

—Tranquilo, muchacho.

—Sí, voy a estar muy tranquilo..., cuando tú estés muerto.

—Mark, no puedes hacer eso. Tenemos al mismo jefe, a Tod Bally. Si me matas, él te liquidará.

—Eso está por ver.

—Sólo me reí porque la francesa tuvo mucha gracia para estrellarte contra el suelo, pero lo mismo me habría pasado a mí...

—Anda, sigue haciendo el gusano.

—Como tú quieras, Mark... No me importa hacer el gusano si logro convencerte de que podemos terminar este negocio con beneficio para los dos, para ti y para mí.

—Hasta ahora no me estás convenciendo nada.

—Vamos a ganar mucho dinero. Es nuestra ocasión.

—Tú no vas a disfrutar de la paga.

Bill entró en aquel momento.

—Eh, ¿qué pasa aquí?

—Mark me quiere matar —se apresuró a responder Luke.

—¿Por qué?

—Discutimos por la francesa.

—¿Otra vez? Mark, guarda el revólver. No es momento para que estalle la guerra entre nosotros.

—Tengo que ajustar las cuentas a este tipejo. Te hablé de él. Lo tengo atragantado.

—Ya arreglaréis vuestro asunto cuando todo termine. No quiero jaleos.

—Tú estás de mi parte, Bill. Vamos a liquidar este asunto y tú también vas a ganar porque tendremos más dinero para repartir.

Bill guardó silencio.

Luke~ se dijo que la parte económica de la oferta de Mark era muy interesante para Bill y, por tanto, muy pronto Mark apretaría el gatillo. Su cara ya estaba bañada en sudor ante la inminencia de aquel disparo que acabaría con su vida.

Se oyó un ruido fuera y Bill salió de la cabaña, pero se quedó cerca del hueco.

—Eh, muchacho, ahí viene el jefe y trae una buena compañía —anunció—. El mismísimo senador.

—¡Papá! —exclamó Elizabeth sin poder contenerse.

Mark bajó el revólver y lo enfundó:

—Luke, no creas que te has librado. Tú y yo resolveremos esta cuestión más tarde, cuando nuestro negocio termine.

—No veo inconveniente —dijo Luke con una sonrisa—, Pero te lo voy a advertir desde ahora, Mark. Perdiste tu oportunidad. No habrá nadie en el mundo que te pueda librar. Te soporté porque tenías el revólver.

—Todavía puedo sacarlo.

—Anda, sácalo.

Mark tragó aire y dijo:

—No puedo enfrentarme contigo ahora.

El senador entró en la cabaña.

—¡Hija mía! —exclamó.

Elizabeth hundió la barbilla en el pecho de su padre y sollozó.

El senador Garrett se inclinó sobre su hija y, cogiéndole la cabeza, la besó en la cara repetidas veces. Luego se volvió furioso.

—¿Por qué la tienen atada?

—Trató de escapar —dijo Bill.

En la cabaña entró Tod Bally, que había acompañado al senador hasta allí.

—Serénese, señor Garrett. Se lo he recomendado varias veces durante el camino. Usted jugó y perdió.

El senador señaló el maletín que Tod Bally tenía en su mano derecha.

—Ahí tiene el dinero. Cuéntelo. Quiero marcharme cuanto antes con mi hija.

Tod Bally arrojó el maletín sobre la mesa.

—Anda, Bill. Comprueba si hay cien mil dólares.

Bill se frotó las manos.
—Infiernos, nunca he visto tanto dinero en mi vida.
Tod Bally encendió un cigarrillo y se acercó a la francesa:
—Conque tú eres el amor de Benson…
—¿Dónde está él?

CAPITULO XVIII

Tod Bally respondió a la pregunta de Monique:

—No sé dónde está Benson, pero pronto se pudrirá.

—Usted no podrá con él —repuso Monique con la barbilla levantada.

—Parece que tienes con él mucha confianza.

—Sí, es cierto.

—Oh, el amor… —rió Tod Bally—. Es así como se dice en Francia, ¿no es verdad?

Monique no contestó. Ahora ya estaba segura que se había enamorado de John Benson.

El senador dijo:

—Bally, ordene que dejen libre a mi hija.

—Todavía no, senador.

—¿Por qué no?

—Falta lo más importante de esta reunión.

—¿A qué se refiere?

—A su sociedad conmigo.

—¿Qué es lo que ha dicho?

Tod Bally sacó un documento del bolsillo.

—Tiene que firmar esto, senador.

—¿Qué tengo que firmar?

—Por estos cien mil dólares que usted acaba de entregarme, recibirá cien mil dólares en acciones de la Bally Company.

—Renuncio, señor Bally. No necesito esas acciones.

—Claro que las va a necesitar. Mediante ellas, obtendrá un rendimiento líquido de un diez por ciento al año. Ha hecho el gran negocio de su vida, senador, y eso me lo va a deber a mí.

—Le comprendo a usted, Bally. Quiere convertirme en su cómplice para evitar que yo lleve a cabo una encuesta contra el vicio. Usted sería el primer perjudicado.

Tod Bally bostezó.

—No hace falta ser muy listo para llegar a esas conclusiones, de modo que no espere una felicitación.

—No va a conseguir que yo acepte.

—Sería una lástima para su hija. ¿Qué tal quedaría con la cara

estropeada?

—¡Canalla!

—Firme, señor Garrett.

Mark había cortado las ligaduras de Elizabeth y ahora ella se echó en sus brazos.

—Padre, no firmes. No hagas nada contra tu voluntad.

El senador miró al rostro de su hija.

—Lo siento, hija, pero este hombre no me deja alternativa. No puedo consentir que te hagan daño.

—Sabias palabras; señor Garrett —rió Tod Bally—. Ande, firme. Quiero acabar de una vez.

Frank Garrett apartó a Elizabeth y se dirigió hacia la mesa en donde Bally había colocado los documentos.

En ese momento Bill terminó de contar los billetes.

—Hay cien mil dólares.

—Anda —asintió Bally— trae la pluma y el tintero para que firme el senador.

En ese momento la ventana estalló en pedazos, y algo parecido a un hombre entró a través de ella.

Era John Benson. Todavía no había tocado el suelo y ya estaba apretando el gatillo.

Mark fue el primero en caer al recibir un plomo en la cabeza, pero le siguió muy de cerca Luke Martin. La bala que le destinaron le partió el corazón.

Bill se había alejado de la mesa y logró sacar el revólver. Hizo fuego, pero John Benson se había convertido en un blanco demasiado rápido y sus proyectiles picotearon en la madera. Ya no pudo hacer más porque Benson le metió dos balas en el pecho.

Tod Bally sacó y esperó porque estaba acostumbrado a hacer frente a aquella clase de emergencias.

Para entonces, y a pesar de que habían transcurrido muy pocos segundos, sabía que aquel hombre no podía ser otro que Benson. No, no, Benson no iba a destruirlo. Había trabajado mucho durante toda su vida, y ahora estaba a punto de ver realizado su mejor sueño: convertirse en el único dueño de todos los garitos, desde Nueva Orleáns hasta Saint Louis, gracias a la ayuda del senador.

Al fin Benson chocó contra la pared, y fue el momento en que Bally se dispuso a hacer fuego.

Monique le golpeó en el hombro y eso sirvió para que la bala no alcanzase a Benson, y picotease en los troncos.

John Benson disparó una y otra vez.

Todos los proyectiles se enterraron en el cuerpo de Tod Bally, quien fue lanzado hacia el fondo de la estancia. Al llegar allí, dejó caer el revólver, desorbitó los ojos y se abatió sin vida.

* * *

El senador Frank Garrett, su hija Elizabeth y Monique Darcel estaban en el muelle. Habían ido a despedir al *Delfín Verde,* en donde viajaba John Benson. Ellos se quedarían en Baton Rouge para reponerse de las emociones sufridas durante su aventura.

Annie *Ojos Dorados,* y los más cercanos colaboradores de Tod Bally estaban ya detenidos.

Frank Garrett había entregado un cheque de cinco mil dólares a John Benson por su intervención, ya que gracias a él, no sólo se habían salvado las jóvenes, sino que impidió que el senador cometiese un acto del que se hubiese arrepentido el resto de su vida.

Ahora, Garrett, con más ánimos que nunca, estaba dispuesto a llevar a cabo su encuesta contra el vicio en el río. Así lo había notificado a los periodistas en una conferencia de Prensa que celebró en el hotel Magnolia.

John Benson estaba en el puente inferior y, cuando el vapor pitó tres veces anunciando su salida, agitó la mano.

El senador, Elizabeth y Monique le correspondieron.

De pronto, la francesa se volvió hacia el senador, le estrechó la mano muy aprisa y besó a Elizabeth.

—Eh, ¿adónde va, Monique? —exclamó el senador Garrett.

—Déjala, papá. Yo sé adónde va.

La joven corrió por la pasarela, dando chillidos para que los marineros no la quitasen, pero todavía tuvo que dar un pequeño salto para ganar la cubierta.

Fue a caer en brazos de John Benson, el cual no pudo mantener el equilibrio y los dos se vinieron abajo.

—Monique —dijo John.

—No hables, John. Ya estoy decidida.

—¿A qué, pelirroja?

—A quedarme contigo, aventurero.

John Benson se echó a reír y, atrayendo a Monique hacia sí, la besó fuertemente en la boca.

F I N

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA
el autor mundialmente famoso
que a través dé sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.